

# El CLUB

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS  
SERIE ★ ALFA

29

# 400



Anne SHIRLEY  
Carole LANDIS  
GEORGE  
MURPHY



Editorial ALFA



# EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

El Club 400 es una película de  
El Club 400 es una película de  
El Club 400 es una película de  
El Club 400 es una película de

CRÍTICA  
FILMS



EL CLUB 400

EXCLUSIVO

EXCLUSIVO  
EXCLUSIVO  
EXCLUSIVO



IMPRESA COMERCIAL • MAS Y SALA  
Valencia, 284 • Teléfono 70657  
BARCELONA

# EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAGUER

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES:  
APARTADO DE CORREOS 387 - BARCELONA

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería  
Barbadé, 16, Barcelona - Ternes, 4, Madrid

EDITORIAL

**"ALFA"**



AÑO XVIII

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

SERIE **★ ALFA**

NUM. 77

NUM. 326

## EL CLUB 400

Creación de **GEORGE MURPHY - ANNE SHIRLEY - CAROLE LANDIS**

Benny Goodman y su famosa orquesta tocan un escogido repertorio de música americana en un concurso de baile. La juventud danza sin hacer caso de la persistente lluvia que cae, por no ser un obstáculo para su diversión; todo rebosa dinamismo, alegría, amor... Charley es un joven simpático y alegre que trabaja de fotógrafo en la revista «Hoy y Mañana», quien hace una fotografía de una joven profesora y por esta causa la despiden de la escuela donde prestaba sus servicios. Carole Landis, que es la despedida profesora, quiere pleitear con la revista por no haber autorizado la publicación de la fotografía, pero tras muchos apuros logran llegar a un acuerdo ella y el fotógrafo. Toda la película está llena de humorismo y belleza, teniendo como principal atractivo la orquesta de Benny Goodman y sus muchachos, que animan todo momento con su agradable música y canciones modernas.

**EXCLUSIVAS**



Casa central:

Rambla Cataluña, 118

Sucursal en Madrid:

Calle Mayor, 4

# PRINCIPALES INTERPRETES

<i>Jerry Hendricks</i>	<i>George Murphy</i>
<i>Eileen Evans</i>	<i>Anne Shirley</i>
<i>Kay Evans</i>	<i>Carole Landis</i>
<i>Dennis Day</i>	<i>Dennis Day</i>
<i>Benny Goodman</i>	<i>Benny Goodman</i>
<i>John Robert Poyers</i>	<i>Alan Mowbray</i>
<i>Google</i>	<i>Jean Ames</i>

## EL CLUB 400

Dirección:

**Norman Z. McLeod**

Ilustraciones musicales de  
**Benny Goodman**

Novelización de  
**Gumersindo González**



EXCLUSIVAS



# EL CLUB 400

## RESUMEN ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

### UN CONCURSO DE BAILE

**A** MENIZADO por la más famosa de las orquestas americanas se celebra un importante concurso de baile. Benny Goodman y sus muchachos interpretan un escogido programa de música «hot», a los acordes del cual la juventud americana, representada por hermosas muchachas y esbeltos jóvenes, bailan sin cesar, haciendo caso omiso de la persistente lluvia que cae sobre el bello jardín, cuajado de arbustos y flores que tienen por pista; algunos, más previsores y excéntricos, llevan paraguas.

El dinámico reportero del diario «To day and Tomorrow» Charley Smith, entra en el jardín acompañado de su ayudante Dennis. Charley es un muchacho alto y fuerte,

de complexión atlética y de rostro alegre y despreocupado. Se sitúa frente a la pista con intención de sacar un primer plano de la orquesta y de alguno de los concursantes, seguido siempre de Dennis, el cual es portador de un paraguas. Dennis es un chico bonachón e ingenuo, cantante de la orquesta de Benny Goodman, con más afición de repórter que de cantante.

—Bien; si pueden hacerlo otra vez quisiera sacar una foto— dice Charley a una pareja de las que bailan.

—¿Cuándo podemos ver la foto? —pregunta el bailarín.

—En la revista «To day and Tomorrow», dentro de un par de semanas, espero. Oye, Dennis—dice, dirigiéndose a su ayudante—, será

mejor que subas ahí arriba; el próximo es tu número. »

—Oye, ¿cómo sabes tu tanto de música?

—Yo nací en una caja de música —contesta Charley—, pero me atasqué, me atasqué, me atasqué. Vamos, sube.

Entretanto, la orquesta de Benny Goodman ha concluido uno de sus números y la gente allí reunida le aplaude entusiastamente. Dennis subiendo al lugar donde toca la orquesta, se acerca al director de ésta y le dice:

—Hola, Benny, ¿qué vas a tocar?

Este, al notar la presencia de su cantante, exclama iracundo:

—¿De dónde sales? ¿Dónde has estado?

—Estoy ayudando a Charley a sacar fotografías.

—¿Qué vas a ser entonces, cantante o fotógrafo?

—Ya soy cantante, ahora quiero aprender de repórter—contesta el ingenuo Dennis.

—Siéntate ahí, antes de que sea demasiado tarde—dice el director con enfado.

—Vamos, colóquense, muchachos —dice Charley de pronto—. Me gustaría sacar una foto, pero quisiera que alguna pareja cruzase la pista en este momento ante la cámara. ¿Quieren ustedes ser tan amables,

señor, señorita? Colóquense en postura de baile. Así está bien; miren aquí. Gracias. Gracias, Benny; gracias, muchachos.

Y Charley, despidiéndose de Benny, le promete que mañana saldrá la foto en la revista para la que trabaja.

—No dejes de verme mañana—dice, dirigiéndose a Dennis.

Al intentar éste seguirle es agarrado por el director de la orquesta, que con tono iracundo le grita, más que le dice:

—¡No tengas tanta prisa, tienes que trabajar aquí; siéntate en tu sitio!

Mientras esto ocurre, los alumnos de la Escuela Superior de Abbottville, no lejos del jardín donde se celebra el concurso de baile y la orquesta de Benny Goodman hace las delicias de los concursantes, tiene lugar un concierto de canto.

Dirigiéndose a los oyentes allí reunidos, la mayor parte de los cuales son potentados, magnates o financieros, el director del colegio, con voz cascada y ceremoniosa, anuncia:

—Vamos a interpretar el número cuatro de nuestro programa. Van ustedes a ver los progresos de nuestras alumnas, bajo la dirección de la señorita Jelly Evans.

El coro de muchachas empieza a interpretar una suave canción, di-



rigido por su joven profesora la señorita Evans. A poco de comenzar, el estridente ruido que Benny y los suyos arman al otro lado del parque, interrumpe al coro. La extrañeza y el mal humor se reflejan en todos los rostros.

—No podemos cantar así—dice la directora del coro, que más parece alumna que profesora, hermosa joven de dorados cabellos y melodiosa voz, que apenas pueden percibir los oyentes, dado el estrepitoso ruido que causa la orquesta próxima.

—Creo que tiene razón, señorita. Lo aplazaremos hasta mañana—grita el director del colegio, haciendo bocina con las manos, para dejarse oír y cuya indignación apenas puede reprimir.

Jelly Evans, en vista del fracasado concierto, se dispone a marchar a casa. Al llegar a la puerta comprueba que la lluvia que hace rato cae no ha cesado aún, sino que arrecia más fuertemente.

—¿Qué hacer?—se pregunta.—No voy a estar esperando a que escampe toda la tarde...—piensa para sí.

Y como es una mujercita de recursos, se pone sobre la cabeza el periódico que lleva bajo el brazo y con aire decidido se dispone a cru-

zar la calle, la cual presenta un aspecto lamentable por estar en reparación. Jelly ha de cruzar sobre unos tablones; de pronto pierde el equilibrio y va a caer en un charco, llenándose de barro su precioso vestidito y toda ella.

Un hombre que en aquel momento se hallaba próximo a ella, intenta ayudarla, y para sacarla de allí la toma en sus brazos, mientras ella grita y patalea fuertemente.

—¡Ay, déjeme en el suelo, suéltame!

Charley que sale en ese momento del baile, decepcionado de no haber logrado un buen primer plano a su gusto, ve aquí una ocasión y preparando su máquina saca una fotografía.

En el Colegio de Abbottville se halla reunido todo el profesorado. Caras severas y estiradas por doquier. Entre ellos se encuentra Jelly Evans.

En el Colegio de Abbottville se halla reunido todo el profesorado. Caras severas y estiradas por doquier. Entre ellos se encuentra Jelly Evans.

El director, llevando en la mano la revista de la cual es repórter Charley, muestra la fotografía que éste tuvo oportunidad de hacer a Jelly en tan extraña situación y, con voz acusadora, dice a la joven profesora de canto:

—Su puesto, señorita Evans, requiere una gran responsabilidad. Le estaríamos muy agradecidos si nos explicase cómo podemos interpretar esa fotografía.

—Sí, debe explicarse.

—Queremos saber a qué atengámonos.

—Señorita Evans, sabremos comprender—dice los allí reunidos.

—¿Cómo puede explicar la posición de esta fotografía?

—Está bien, hablaré, mis queridos colegas de esta escuela. Pueden ustedes volver a dormir tranquilos. Veo que no les agrada que yo continúe aquí. Yo les evitaré que tengan que abochornarse ante sus distinguidos invitados. No pienso continuar aquí dirigiendo sus insípidas canciones...—y con aire altivo, sale de la habitación, dejando boquiabiertos a los puntillosos profesores.

Y Jelly, que sobre todo era una muchacha digna, se sintió herida y humillada por las dudas de aquellos que decían saber disculparla, y desilusionada volvió a Nueva York con su hermana Rossy, único miembro de su familia que tenía en la famosa ciudad de los rascacielos, y de la que se había tenido que separar algunos kilómetros para conseguir aquel empleo. Y pensar que por una

fotografía de un repórter imprudente le había perdido... No le conocía, pero a la fuerza tenía que ser un hombre desagradable y feo. Ella era incapaz de hacer mal a nadie, pero si le tuviera cerca, ¡ah, si le tuviera cerca!

Mientras tanto, en el piso en que viven Rossy y otras chicas, que, como ella, han de ganarse la vida trabajando o estudiando, y que está situado en un barrio bastante céntrico de la ciudad, se desarrolla una extraña escena.

Una muchacha venda la pierna derecha de otra chica que está recostada en una cama y la cual tiene ya cubiertos de gasas un brazo y la cabeza.

—Están llamando a la puerta, Rossy—dice la chica del vendaje.

La interpelada sale de una habitación contigua, donde debía estar arreglándose, a juzgar por la bata que lleva.

—¿Quién será? — se pregunta, extrañada. Al abrir la puerta su sorpresa no tiene límites al ver a su hermana pequeña—. ¿Qué ha pasado, Jelly? ¿Qué ha sucedido? ¿Ha ardió la escuela? ¡Pasa, querida!

Obedece la ex profesora de canto y al ver el lamentable aspecto que presenta la amiga de su hermana, pregunta con extrañeza:

—¿Qué le pasa a ésta?

—Nada, es que están practicando para enfermeras. Esta es mi hermana pequeña, Jelly—y señalando a las futuras enfermeras, dice—: Esta es Kitty y esta Mado.

—Mucho gusto—dice la joven que hace de paciente.

—Ven a sentarte, pequeña, y cuéntame qué te ha pasado. ¿Cómo has dejado el colegio?—dice Rossy.

—Un asunto desagradable, Rossy—contesta Jelly, apenada.

—¿Qué ha sido, un hombre?

—Algo así.

—¿Qué quiere decir, algo así? ¿Algo parecido a un hombre?

—Pues...—vacila Jelly, que no sabe cómo empezar.

—Vamos, cuéntamelo—invita su hermana.

—Rossy, es una historia muy larga. Yo salía de dirigir un concierto de mis alumnas; estaba lloviendo, intenté cruzar la calle que estaba inundada... Resbalé en el barro y él me cogió en sus brazos contra mi voluntad. De veras, Rossy; ésta es la verdad de esa fotografía—responde la ex profesora, a punto de llorar.

—¿Qué fotografía? — exclama extrañada su hermana.

—Por toda respuesta, ella toma su maleta y sacando la revista en la

cual aparece en la portada el primer plano que Charley consiguió mientras ella pateaba, tratando de desasirse del desconocido, se la muestra a las demás.

—¡Ja, ja!...—ríe Kitty—. ¿Cómo conseguiste ese hombre tan guapo?

—No le veo la gracia.

—No te enfades, Jelly.

—¿Dices que esa fotografía fué obtenida sin tu consentimiento?—pregunta Rossy, indignada.

—¿Es posible creerlo?

—¿No le firmaste ninguna autorización?

—Te aseguro que no sé ni quién es ese hombre. Por eso he venido a Nueva York, a averiguarlo y a pedir que haga una rectificación. Entonces volveré a la escuela y lo explicaré todo—aclara Jelly.

—Te han fotografiado sin tu consentimiento... ¿Quién se atrevió a hacerle eso a mi hermana pequeña? Hay que denunciarle.

—No, Rossy, yo no puedo denunciarle. Probablemente será su modo de ganarse la vida. Yo sólo quiero una explicación—contesta la hermana pequeña ingenuamente y cuya bondad no quiere admitir tales medios.

—No, no, tú quedate tranquila.

Ten confianza en mí. Yo voy a arreglar este asunto. Debo protegerte —dice Rossy a su hermana con decisión.

Rossy penetra con decisión y resueltamente en la redacción de la revista «To day and Tomorrow» y llega al gran vestibulo. A un lado y a otro, mecanógrafas que trabajan, empleados que van de un lado a otro con papeles entre las manos, y gente que espera.

Entre todos ellos atraviesa la joven muchacha y se dirige a una de las empleadas.

—Quiero hablar con el director —le dice a manera de saludo.

—Hable con la secretaria.

—Gracias; no quiero hablar con la secretaria sino con el director.

—¿De qué se trata?

—De esto. Esta muchacha es mi hermana pequeña —le dice, mostrando la primera página de la revista que lleva consigo y en la que aparece Jelly—. Esta fotografía, que ha sido obtenida sin su consentimiento, le ha costado perder su empleo y ofende el buen nombre de nuestra familia y arruina mi reputación. ¿Me explico bien?

—Claro que sí, señorita...

—Evanis.

Tras un breve forcejeo de insistir ella en hablar con el director y la

mecanógrafa en que hablase con la secretaria, Rossy decidió aceptar, pensando que con esta última se entendería mejor que con aquel empleado, pues, según ésta afirmaba, entendía de esta clase de reclamaciones.

Una vez con la secretaria, le explicó en pocas palabras de lo que se trataba, pero ésta, acostumbrada a esta clase de reclamaciones, le dice que lo mejor es que vea al señor Henry, que tiene gran experiencia en esta clase de asuntos y...

—Pero ahora está muy ocupado.

—Buena, esperaré —dice Rossy, que no está dispuesta a marcharse de allí hasta dejar aquello solucionado.

—Temo que tenga que esperar usted mucho rato; será mejor que se siente.

Y ella, obedeciendo, se sienta al otro lado de la estancia, mientras la secretaria llamando a un empleado con disimulo, el cual le pregunta qué ocurre, le dice en voz baja.

—¡Christ! Charley Smith ha vuelto a hacer de las suyas. Dígalé que venga a hablar conmigo.

A los pocos momentos aparece Charley, con aire despreocupado y cara sonriente, sin imaginarse de lo que se le viene encima.



—¿Qué hay, guapa? ¿Qué sucede?—dice mientras saluda.

—¿Qué suceda?—responde la secretaria, mostrándole la fotografía de la revista.

—¿Qué, no le gusta esa foto?—contesta Charley, que todavía no se ha percatado de nada—. No está mal. ¿verdad? ¡Qué sombras!... estaba un poco nublado ese día.

—¿Supongo que tendrá la autorización?

—¡Vamos, guapa! No pude pedirselo, estaba lloviendo; no podía perder tiempo, y, además, no sé quién es.

—Ahí está la hermana—dice la secretaria, señalando a Rossy, que en este momento se ha levantado y pasea por el despacho, no lejos de ellos.

—Tampoco está mal esa chica. Puede hacerse una bonita fotografía.

—El jefe le preguntará si tiene la autorización y cuando se entere que no la tiene, no creo que quiera darle la carta de recomendación para su puesto en el ejército.

—¿Y cree usted que no la ha escrito ya?—pregunta Charley, poniéndose serio de repente y cuya única ambición es ingresar como reportero de guerra.

—No, no la ha escrito.

—No quise perjudicarla... ¡Cuidado, ahí viene!—dice, viendo a Rossy que se aproxima—. Dígale cualquier cosa, que me he marchado, que me he muerto, lo que quiera.

Y sale de allí precipitadamente.

Efectivamente, Rossy, cansada de esperar y viendo que no puede hablar con el director, se acerca a la secretaria y con aire enfadado le dice:

—¿Voy a tener que perder aquí todo el día? Tendré que ver a su abogado.

De un despacho próximo se abre una puerta y una voz encolerizada grita, más que dice:

—Salga en seguida.

Charley sale por aquella puerta, azorado por la poca halagadora acogida que le ha dispensado el vicepresidente, que no es otro el que grita. Mas al notar que Rossy le mira halagada con su presencia, tiene una idea y poniéndola en práctica, dice acto seguido, dirigiéndose a la estancia de la que acababa de salir:

—Continúe ese trabajo. No tardaré.

La secretaria, que ha comprendido las intenciones de Charley, le sacunda en su plan llamándole señor Henry, y le explica, como si éste fuese efectivamente el vicepresidente.



dente, con el cual Rossy desea hablar.

—¿De qué se trata, señorita? —pregunta Charley, afectando superioridad.

—¿Ha sacado usted esta fotografía? —pregunta la interpelada en tono amenazador.

—¡Por Dios, señorita! —exclama el falso señor Henry en tono altivo.

—Bien, señor Henry, su revista ha destrozado la vida de mi hermana pequeña y exijo una rectificación.

—¿Lo hice?... Es decir, ¿lo hemos hecho?

—Sí, lo hicieron.

—Bien, señorita, ha hecho usted bien en dirigirse a mí.

—Pasemos a su despacho.

—No, no; es mejor que no entre —exclama éste, azorado más de lo que quisiera—. Están barnizando mi mesa. ¡Caramba! —dice en otro tono y mirándola de arriba abajo y afectando una admiración grande—. ¿No le importaría decirme quién le ha hecho ese vestido tan elegante?

—¿Qué, le gusta mi vestido? —responde Rossy, halagada.

—Sí, muchísimo.

—Señor Henry, no he venido para hablar de vestidos —le hace observar con sequedad la muchacha, que se da cuenta que éste trata de eludir el motivo de su visita.

—No, claro que no. Por eso vamos a ver si encontramos un sitio para hablar sin que nadie nos moleste y sin que haya tanta gente; allí hablaremos cuanto quiera —promete Charley, que sólo desea sacarla de allí antes que ésta se dé cuenta de su engaño—. ¿Qué le parece si fuésemos a almorzar? —añade.

—No tengo hambre, sólo tengo ganas de morder —dice la joven, iracunda, pareciendo adivinar el juego.

—¡Ah, ah, jovencita, las cosas a su tiempo! ¡Oh, no me había fijado! ¡qué hermoso imperdible lleva usted en la solapa! ¡Maravilloso!

Esta vez la alabanza de Charley no surte efecto, como él esperaba, y la muchacha exclama, indignada:

—Señor Henry, he venido a pedir una rectificación.

—¡Chist! Ya le aseguro que la conseguirá. Desde luego, señorita Evans, comprendo su punto de vista.

Y añade, llevándola hacia fuera:

—Pero no creo que sea necesario recurrir a los tribunales. ¡Oh! ¿no le importaría esperar aquí un momento? —dice, fingiendo que se le olvida algo. Y dirigiéndose a la secretaria, le dice con voz autoritaria:— Señorita, voy a almorzar con la señorita Evans. Si el señor Ball me

llama, le dice...—y junto a ella, más bajo, añade—: Por el cariño que nos tenemos, guapa, préstame cinco dólares hasta que aclare el tiempo.

—¿Cree que aclarará?—responde ésta, irónica—. Desde los otros cinco dólares no ha aclarado.

—No sea mala, sino estoy perdiendo. Préstame uno.

—¡No!

—Medio.

—No.

—Seis centavos.

—No puedo, sólo tengo veinticinco para el metro.

Y Charley, viendo que no consigue nada, se acerca a Rossy y le dice con la mejor de sus sonrisas:

—¿Puedo ofrecerle el brazo, señorita Evans? ¡Oh! ¿Dónde vamos?

—Donde usted me lleve.

—¿Dónde yo la lleve?... Señorita Evans, es un placer para mí acompañar a una muchacha como usted. ¿Dónde quiere que almorcemos? Hay un restaurante muy bueno aquí al lado.

—Vamos al Club 42—dice Rossy, tratando de aprovechar la ocasión de almorzar en un sitio elegante con un hombre de negocios.

—¿Al 42? No sé qué decirle—contesta Charley, que no quiere dar crédito a lo que acaba de oír. ¿Ha

dicho usted al 42? No le importaría pasar un momento por el 400?

—Allí no sirven comidas—se extraña Rossy.

—No, no, ya lo sé. Quisiera sólo hablar con unos amigos; quiero tratar de organizar una fiesta; es sólo un minuto—le explica Charley mientras se acercan al ascensor.

—Está bien; espero que no se hará tarde para almorzar.

—No, no, de ningún modo.

—Pero, ¿iremos al Club 42 a almorzar?—pregunta Rossy, que empieza a desconfiar.

—Sí, sí; claro, al Club 42.

Poco después entran los dos en el Club 400. Dada la hora que es, la orquesta está ensayando y los empleados se ocupan de limpiar el local para más tarde. Charley ruega a la muchacha que se siente un momento, pues ha de hablar con el director de la orquesta.

—Dispense un momento, voy a hablar con ellos.

Y dirigiéndose a Benny, que es el que actúa en ese club diariamente:

—Bien, Benny, me alegro de ver que usted y sus muchachos nos amenizarán la fiesta.

—¿Qué fiesta?—pregunta el director, sorprendido—. Ah, sí, sí, comprendo.

—No me ha estrechado la mano, así renovaremos nuestra amistad. Voy a presentarles, Señorita Evans, éste es Benny Goodman; señor Goodman, ésta es la señorita Evans, y estos muchachos son los de su orquesta.

—¿Puedo hablar un momento con Dennis?—pregunta Charley a Benny.

—¿Con Dennis? Andará por ahí, como siempre, sacando fotografías.

—Por favor, espere un momento —se excusa Charley con Rossy—. He de ver a un amigo.

## LOS TRUCOS DE CHARLEY

**E**N una sala contigua a la que está la orquesta, se encuentra Dennis, ayudante de Charley, que ejerce sobre él gran influencia. Dennis trata de hacer una fotografía a dos de los empleados encargados de la limpieza, los cuales están cansados de permanecer en la misma posición hace largo rato.

—Un poco de paciencia, muchachos, quédense quietos un momento. No se muevan.

—Muy bonito, muy bonito, de veras—dice Charley al entrar y sabiendo que para conseguir lo que se propone del infeliz de su ayudante ha de ser alabando sus extrañas fotografías.

—¿De veras te gusta?

—Me parece maravilloso. ¿Cómo le vas a llamar?

—Trabajos forzados; ¿te gusta? ¿Cómo le llamarías tú?

—Amanecer—contesta Charley, irónico—. Oye, Dennis; qué suerte has tenido con que haya venido yo aquí a verte. Lo que tú necesitas es un lente especial que realce todos los valores de las fotografías y les dé más lucimiento al conjunto y efectos de luces; una lente, la F-4-Y.

—Creo que la tengo.

—No, no puede ser. Tendrás la antigua, la F4-Y, pero no la F-4-Y. Precisamente la llevo en el bolsillo y te la podría dar por la modestísima suma de 28 dólares. No quiero



entretenerse más. Me voy, dame el dinero.

—No tengo tanto dinero.

—¿Cuánto tienes?

—Once dólares.

—Bien, me conformo, y recuérdame que me debes 17 dólares. Hasta la vista.

Dennis desocupa todo el dinero de sus bolsillos y se lo da a Charley, mas tan pronto lo ha hecho, se acuerda que no tiene ni un centavo más, y dice:

—Un momento, Charley. Préstame un dólar para comer.

—Cuánto lo siento. Ya sabes que lo haría con mucho gusto, pero no puedo, estoy muy mal; en cualquier otra ocasión, ya sabes... Hasta la vista.

—Adiós. Qué buen muchacho es —exclama Dennis, emocionado de su amigo, y volviéndose a los empleados—: ¿Probamos otra vez?

Charley vuelve donde Rossy y tomándola del brazo, le pregunta:

—¿Qué, señorita Evans, vamos al Club 42 a almorzar?

—Sí, encantada—responde ésta, que no desea otra cosa.

Charley y Rossy almuerzan en un restaurante elegante, el Club 42. Rossy está emocionada, no sólo por

el almuerzo, sino porque Charley le resulta simpático y desea su compañía sobre las demás cosas.

—Creo que la revista no puede responder de lo que haya hecho un idiota.

—No me importa si es o no idiota. La revista tendrá que indemnizarnos. Mi hermana y yo no vamos a pasarnos la vida esperando; queremos que nos paguen en seguida los daños que nos han causado con la pérdida de su empleo y la de nuestra reputación.

—Naturalmente. ¿Qué clase de compensación desean ustedes?

—¿No ha tenido usted nunca que buscar colocación?

—Hasta ahora, no.

—Pues tiene usted suerte. Yo he tenido que hacer antesala días enteros y ya estoy cansada. Quiero ser algo, triunfar, alcanzar un nombre.

—Veo que tiene grandes ambiciones.

—Si yo reclamo una indemnización a su revista, como es mi propósito, tendré dinero para ir bien vestida, presentarme en los sitios donde haya gente elegante y podré llegar a ser una de las bellezas de Power.

—Un momento, señorita Evans —exclama de pronto Charley, al que con esta confesión de Rossy parece habérsela ocurrido algo para



salvar la situación. ¿Ha dicho usted una de las bellezas de Power? ¿Desea usted ser una de las bellezas de Power?

—Más que todo en el mundo.

—Pero, señorita, ¿por qué no lo ha dicho antes? Jack Power es uno de mis más íntimos amigos—miente Charley, que no conoce al tal Power más que de nombre.

—¿De veras?

—¡Jack Power! ¡Pero si hemos jugado juntos al pedo cuando éramos niños.

—¿De veras le conoce usted tanto?

—Mucho más. Si usted quiere ser una de las bellezas de Power, será la mayor belleza de Power.

—¡Ay, señor Henry! No puedo ni respirar de la emoción.

—Es muy curioso, yo en cambio parece que empiezo a respirar ahora. Camarero, la nota, por favor. ¿Le parece que nos marchemos?

—¿Dónde? ¿A ver al señor Power?—pregunta Rossy, a quien esta sola idea la emociona.

—No; a ver a su hermana.

—¿A mi hermana?—se extraña la joven.

—Claro, quiero que firme la renuncia de denunciarnos.

—¿Una renuncia? Yo misma puedo darle palabra de que renunciaremos.

—No; es usted muy amable, pero no quiero ocasionarle a usted la menor molestia. Puesto que va a ser una de las bellezas de Power, no quiero que ninguna vanalidad ocupe su pensamiento. Sólo su éxito, su carrera, su felicidad, todo lo que...

El camarero se acerca y entrega a Charley la cuenta del almuerzo.

—¿Qué es esto?—pregunta el joven.

—Diez dólares noventa céntimos.

—¿Diez dólares noventa céntimos?... ¡Ja, ja! Está bien, amigo mío; lo que sobra para usted—añade, viendo la cara de sorpresa de la muchacha al notar que se le hace caro el precio.

—Gracias señor—dice éste, solícito ante la propina de Charley.

—Bien, ¿quiere que nos vayamos a ver a su hermana?

—Sí, no tengo inconveniente... —contesta Rossy, convencida de las promesas del falso vicepresidente.

Charley y Rossy llegan a casa de ésta, pero al entrar, Jelly, que está subida en una escalera clavando un cuadro sobre la puerta, pierde el equilibrio y va a caer al suelo.

—¡Ah! ¿Qué hacías?

—¿Se ha hecho usted daño?—pregunta Charley, interesado.

—Creo que no—responde Jelly, azorada por la presencia del joven.

—¿Está segura de no tener nada?  
—insiste éste, interesándose más de lo debido por el estado de Jelly.

—Oh, no. Estaba clavando mi diploma, cuando ustedes entraron y...

—Le presento a mi hermana Jelly; el señor Henry—dice Rossy.

—Mucho gusto.

—El señor Henry es el vicepresidente de la revista «To day and To-morrow».

—¿De veras? Señor Henry, su revista me ha hecho perder el empleo y no estoy dispuesta a consentirlo.

—Señorita Jelly, tiene usted toda la razón, pero su hermana y yo ya hemos arreglado este asunto de forma que todos quedemos satisfechos, sólo tiene usted que poner aquí su firma.

—Sí, firma y después te lo explicaré todo—la invita Rossy.

—Esto quiere decir que la revista hará una rectificación.

—Señorita Evans, sólo le diré que la revista «Hoy y mañana» lo arreglará todo satisfactoriamente. ¿No tiene usted confianza en su propia hermana?

—Sí, claro que sí—dice Jelly, a quien molesta que crean que no se fía de su hermana— Pero no firmo, lo siento.

—Señorita Evans, no parece usted una persona intransigente.

—No soy intransigente, pero si su

revista no rectifica, no estoy dispuesta a conformarme—añade la muchacha, rechazando el papel que Charley le tiende insistentemente para que firme.

—¿A quién le interesa eso?—y el repórter cambia de táctica, a ver si convence a Jelly—. Todos piensan como yo que es usted la muchacha más maravillosa que he conocido. Un momento, señorita, ¿no tienen ustedes una fotografía de su marido?

—¿De nuestra madre?—dicen las dos, extrañadas.

—Sí; quisiera ver la efígie de la mujer que ha sido capaz de dar al mundo dos bellezas como las de ustedes dos.

Y añade, tratando de conquistar a Jelly con halagos, sin que se moleste Rossy:

—Me asombré al conocer a su hermana, pero ahora que la veo a usted no sé cuál de las dos me parece más bonita, estoy hecho un lío. Y además, es usted tan joven para ser maestra de escuela.

—Gracias. También usted es muy joven para ser ya vicepresidente de una importante revista.

—Sí, a mi mismo me asombra; estaba dando vueltas y de pronto me vi entrar por una puerta donde había una placa que decía: «Vicepre-

sidente-jefe: Ahora, si quiere ser tan amable de firmar aquí...

—No.

—¿No?

—No quiero firmar.

—Señor Henry, yo creo que este asunto debemos tratarlo mi hermana y yo—dice Rossy áspidamente, viendo que se le pierde la probabilidad de llegar a ser una de las bellezas de Power, según Charley le ha prometido.

—Sí, ya comprendo. Dejo aquí este papel para en caso de que cambie de opinión. Adiós.

—No, adiós no, hasta luego. Volveré más tarde. Lo dejo la pluma por si la necesita.

Charley se va y Rossy, que le ha acompañado hasta la puerta, habla con él en voz baja.

—Está bien; vuelva usted más tarde.

—Recuerde, si no firma no la recomiendo a Power—dice el repórter, que tiene toda su esperanza en este argumento y en Rossy para convencer a su hermana.

—Rossy vuelve a entrar en la habitación y habla con Jelly, pero emplea un tono áspero y dolorido, haciendo ver a su hermana que están a punto de perder una oportunidad.

—Rossy, ¿qué quiso decir el señor Henry cuando dijo que todo se arreglaría satisfactoriamente?

—Ni me dejaste hablar a mí, ni casi a él... Tiene grandes proyectos para nuestro futuro.

—¿Para nuestro futuro? — pregunta la hermana menor, interesada.

—Sí; por esa foto tuya te darán excusas y va a recomendarme a mí para ser una de las bellezas de Power. ¿Comprendes lo que esto significa para nosotras?

—Tú has cambiado, ¿verdad, Rossy?

—Lo siento, creí que había encontrado una oportunidad. Escucha: yo siempre he soñado con llegar a ser una estrella. Lo he deseado tanto...

Rossy se sienta en el mismo sofá en que se encuentra Jelly y le explica sus proyectos y sus ilusiones.

—Me sentía poca cosa... no sabía renunciar a esta oportunidad, no podría.

—¿Qué tiene que ver ese hombre con todo esto?

—¿No comprendes? — aclara su hermana—. Me ha prometido presentarme y recomendarme. Dice que Jack Power es íntimo amigo suyo, que puede conseguir que llegue a ser una gran estrella.

—¿Y eso es en realidad lo que ambicionas?

—Más que todo en el mundo.

—Bueno, si el ser una estrella re-

presenta tanto para ti... estoy dispuesta a ayudarte.

—Ah, gracias, gracias hermanita —exclama Rossy alegremente, abrazando a su hermana—. Gracias, gracias. Voy a comunicársele en seguida al señor Henry.

—

Charley y Rossy entran en el despacho de la secretaria del famoso Jack Power, conocido por todo el público por su famosa compañía de revistas. Charley, con aire decidido y como si estuviese habituado a ir por allí, dice a Rossy:

—Ya estamos en la mansión de Power, aquí tengo todo lo que deseo, todo lo que se me antoja.

—Hay muchas que esperan una oportunidad—dice la muchacha con cierto temor.

—Sí; pero ninguna tiene las probabilidades que tiene usted.

Charley se dirige a la secretaria y le dice como saludo, tratando de halagar su vanidad natural de mujer:

—Muy buenas tardes. Oiga, ¿no le han dicho nunca que es fotogénica?

—Sí, me lo han dicho, por eso estoy colocada aquí.

—Quiero ver al señor Power. ¿Subo a su despacho?

—Espere un momento; ¿A quién anuncio?

Pero éste, cogiendo a la muchacha por el brazo, se dirige al despacho de Power, al tiempo que contesta:

—No es necesario anunciarme. Soy su más íntimo amigo; va a abrazarle su viejo Charley.

—Un tal Charley desea verle, dice que es su más íntimo amigo—dice la secretaria por el teléfono a su jefe.

Y volviéndose hacia Rossy y Charley, dice a los dos jóvenes que esperan:

—Lo siento, señor. Dice que no conoce a ningún Charley.

—¿Ha dicho eso?—finge sorprenderse éste—. ¿Está usted segura? (Qué hombre tan singular, siempre de broma? ¡Ja, ja!...

—Debe haber una equivocación, el señor Henry es su mejor amigo.

—No lo dude, quiso gastarme una broma. Venga, señorita Evans. Esperamos un poco a ver si cambia de opinión.

Y la lleva a un sofá, tratando de animar a la joven por aquel contratiempo.

—¿No estará preocupada por esto?

—Con franqueza, sí. Será mejor que busque algún medio de verle.

—No me parece muy buena idea,



sería mejor marcharnos y volver otro día. Es posible que no se encuentre aquí.

—Claro que está aquí. ¿No vio cómo la secretaria hablaba con él?

—Ah, sí.

Charley trata de buscar una solución a la situación que se le presenta y levantándose, dice a Rossy:

—¿Sabe una cosa, señorita Evans? Creo que voy a solucionar esto en seguida.

## EL CONTRATO CON POWERS

A



## EL CONTRATO CON POWERS

A PROVECHANDO un momento en que la secretaria del señor Powers se ha retirado, Charley se acerca a la mesa y toca el contacto que abre la puerta de la valla, la cual impide penetrar en el despacho de Powers. Al tocar el joven el contacto, la puerta se abre; pero tan pronto se suelta ésta, vuelve a cerrarse herméticamente. Charley mueve la mesa acercándola junto a la valla, con objeto de servirse con ésta para que pueda pasar Rossy una vez abierta la puerta; pero en este momento vuelve la secretaria acompañada de otra joven que ha de sustituirla.

—¿Qué es esto? ¿Quién cambió de sitio mi mesa? Volvamos a colo-

carla—dice a la chica que viene con ella.

Una muchacha guapa y elegante entra en el despacho, y viendo a Charley, al que conoce, escondido tras una columna, le pregunta:

—Hola, Charley. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Chisist—le contesta éste mandándole callar.

—¿Qué desea?—pregunta la secretaria a la joven.

—Estoy citada con el señor Powers.

—Ah, sí. Ahora la recibirá. ¿Quiere esperar un momento?

Volviéndose a la joven que está a su lado, le dice:

—Tendrá que ocupar mi puesto toda la tarde.

La muchacha que tiene que esperar a ser recibida por Powers se sienta al lado de Rossy. Esta, que ha visto como saludaba a Charley, le pregunta:

—¿Conoce usted al señor Henry?

—¿A Charley? Muchísimo — le responde la joven.

—¿Es influyente?

—¿Qué clase de influencia? — interroga la joven, quien apenas comprende lo que Rossy le pregunta.

—Pues... verá... — le contesta Rossy.

—Sí, ya comprendo — dice la joven, que se entera de lo que quiere expresar Rossy acerca del conocimiento de Charley y Powers —. Está usted equivocada. Yo conozco bien a Charley, sí, he posado para él.

—¿Dice usted que ha posado para él? ¿Luego es un fotógrafo?

—Yo no le llamaría eso. Está muy considerado en su oficio.

—Pero ¿lo hace para ganar su vida? — le pregunta Rossy, quien comprende todos los subterfugios que ha empleado Charley para que renunciaran ella y su hermana a denunciar la foto que éste logró.

—Sí, claro, y le aseguro que no le hace nada más que por eso.

La secretaria, antes de marcharse, dice a la joven que la sustituye:

—En seguida vendrá un señor

con una invitación del club para el señor Powers. Tan pronto como venga, hágale pasar.

Charley oye la conversación y espera a que se marche la secretaria para ir donde la sustituta y anunciarse como el señor que traerá la invitación para Powers.

Al marcharse la secretaria sale de su escondite y acercándose a la mesa dice a la suplente:

—Muy buenas tardes, señorita. ¿Tendrá usted la amabilidad de anunciarme al señor Powers? Me está esperando.

De pronto ve que Rossy se dirige hacia la salida y le grita:

—¡Eh, Rossy! ¿Dónde va usted?

Echa a correr y la alcanza en la puerta.

—Espere. ¿Dónde va usted?

—Voy a la redacción a conocer al auténtico vicepresidente.

—No haga eso — suplica Charley.

—¿Cómo que no? Usted es quien sacó esta fotografía.

—Sí, claro, pero... — se disculpa Charley.

—Es todo lo que deseaba saber.

—Usted quiere conocer al señor Powers, ¿verdad? Pues concédame cinco minutos y se lo presentaré.

—No pienso concederle ni un solo minuto más — le dice Rossy enfadada.

—Caballero—le llama la secretaria.

—Diga — responde Charley, que tiene cogida a Rossy por un brazo para que no se marche.

—¿Quiere usted subir al despacho del señor Powers? Le está esperando.

—¿Lo ve?—dice a Rossy—. Me está esperando. No tiene por qué preocuparse. Siéntese aquí unos instantes; que en seguida enviaré a buscarla. Señorita: ¿no tiene inconveniente en sentarse aquí en medio?—dice Charley, a quien se le ha ocurrido una nueva idea, a una joven que está junto a la muchacha que ha puesto a Rossy al corriente de la verdadera personalidad de Charley—. Eso es... Forman un grupo maravilloso. Océpanse de que nadie más se sienta con ustedes. Vuelvo en seguida. Ya puede anunciarme—dice a la nueva secretaria.

Charley entra en el despacho de Powers y le saluda.

—¿Cómo está usted, señor Powers?

—¿Cómo está usted, señor...?

—Montgomery — responde Charley—. Joe Pons Montgomery, para servirle.

—Usted dirá, señor Montgomery.

—Quería hablarle de esa muchachita...

—Sí, ya sé. ¿Qué tal va ese nuevo número?—pregunta Powers.

—Ah, sí, ese nuevo número—le responde Charley, que ignora de qué le está hablando Powers.

—¿Han variado algo?

—No, no; sigue exacto.

—Bien—exclama Powers—, porque lo voy a montar en serio.

—Me alegro que opine de ese modo. En la última reunión, uno de nuestros socios, el señor... no recuerdo ahora su nombre... No tendrá usted interés en saberlo.

—Sí que lo tengo, estoy muy interesado en esto.

Y mostrándole un papel le dice:

—Aquí tengo el proyecto.

—Este es el modelo antiguo. Ahora todo ha cambiado. Hemos ideado una cosa completamente nueva—le responde Charley, quien no sabe nada de aquel proyecto, pero al que le interesa fingir.

—¿Es práctico eso?—le interroga Powers.

—Eso dicen. A propósito, señor Powers. Tiene usted en el vestíbulo algunas chicas estupendas. En particular, una que está sentada a la izquierda—le insinúa Charley, que quiere tratar de Rossy antes de que Powers se dé cuenta de que él no es la persona a la que espera.

—Sí, ya he visto un buen núme-

ro de chicas estupendas. Ahora hablémos de ese nuevo invento.

—¡Ah, el invento!—le responde Charley sin saber qué clase de invento es—. Vamos a ver, Yo creo que será mejor que haga una demostración. No necesita ya estos papeles, ¿verdad?—dice Charley cogiendo el proyecto y otros más—. Voy a enseñarle en seguida de lo que se trata.

Los pone en el suelo y va a prenderles fuego cuando Powers le dice:

—¿Va usted a prenderles fuego?

—Sí, no tengo más remedio.

—Pues vamos a hacerlo en otro sitio, no en mi despacho—observa Power.

—Sí, donde usted quiera, en donde más le agrado.

—Bien, al otro lado de esta puerta, allí puede hacerlo muy bien.

—Verá usted qué demostración.

Y ambos se dirigieron hacia la puerta.

—Usted primero—le invita a pasar Power.

—Gracias, amigo.

Entran en una sala donde gran número de mecanógrafas empleadas de Power, que allí trabajan, les miran sorprendidas.

—Vamos a ver—dice Charley—, necesito algo más. ¡Ah! Aquí hay algo que me sirve. Dispense, señorita, necesito su alfombrita.

La coge.

—Muchas gracias, señorita.

—Presten atención, señoritas; el señor Montgomery va a hacer una demostración muy interesante—les hace saber Power.

Charley coge una papelera y pregunta a una de las mecanógrafas:

—Diga: eso parece interesante; ¿quiere usted conservarlo?

—No—le contestó Power.

—Está bien, vamos a quemarlo—les dijo Charley filosóficamente.

—Será un pequeño fuego—pregunta Power temeroso.

—Sí, sí, pero lo primero que necesito es un fósforo. ¿Tiene alguien un fósforo?

—Tenga usted—le ofrece Power la caja de cerillas.

—Muchísimas gracias. Ya está todo preparado—dijo Charley viendo los papeles amontonados en el suelo.

—Tenga usted cuidado. Espero que no quemará nada—observa Power, quien teme lo que Charley está haciendo.

—No, no hay ningún peligro, es sólo una demostración, no podemos temer nada—tranquiliza éste.

—Fíjense en esto, señoritas, parece muy interesante—dice Power a sus empleadas.

—Ya está. Ahora lo que necesito es un frasco de perfume. ¿Nadie



tiene un frasco de perfume? Ya que no tenemos perfume, añadiremos otros cuantos papeles. De esta forma—y cogió un montón de papeles y los puso con los otros—. Ahora, unas rosas. ¿Dónde están las rosas? No hay perfume, no hay rosas. ¡De veras, señor Power, esto me sorprende! ¿No le da vergüenza? Ahora cambiará todo de aspecto.

—Temo mucho que no voy a aceptarlo—le hace observar Power, quien ya va perdiendo la confianza en Charley.

—Lo aceptará, señor Power, lo aceptará. Escuche: ¿por qué no recibe un momento a una muchacha que me interesa?

—¿Pero no tiene que ocuparse del fuego?

—No se preocupe—le tranquilizó Charley—. Quiere ser una de las bellezas de Power.

—Todo el mundo quiere ser belleza de Power.

—Yo no—le aseguró Charley con ironía.

—Está usted olvidando que tiene encendido el fuego.

—¡Ah, sí, el fuego! Siempre que vean un fuego como éste lo natural es apagarlo... A propósito de esa chica, quisiera...

—No, por favor, señor Montgomery, el fuego—le recordó Power

intranquilo por el incremento que van tomando las llamas.

—¿El qué?—le preguntó Charley.

—¡El fuego!

—¡Ah, esta fogata! Escuche, ahora es cuando empieza a resultar interesante. Vámonos a su despacho—le dijo Charley—. Le explicaré muchas cosas.

—¿Pero qué hacemos con el fuego?

—Por favor, no se preocupe por esto, yo soy quien hace la demostración. No tiene por qué preocuparse. Las chicas estarán al cuidado. ¿Verdad, muchachas?—dijo dirigiéndose a éstas.

—¿Están seguras de poder apagarlo?

—Sí, señor—le contesta una mecanógrafa.

—¿Lo ve? No tiene por qué preocuparse, señor Power—le contesta Charley a la vez que le invita a pasar a su despacho.

Tan pronto como el señor Power pasa, Charley dice a una mecanógrafa:

—Señorita, coja el extintor de incendios e intente apagar eso si puede.

Power y Charley entraron en el despacho.

—Señor Power, volviendo a esa muchacha de quien hablábamos, esa



que desea llegar a ser belleza de Power...

—Sí, ya comprendo.

—No, no comprende. Yo no deseo que haga de ella una de sus bellezas.

—¿Pues qué desea? ¿Que la desanime?

—Claro, lo único que le pido es que la vea, que hable con ella y que la convenza de que no tiene la menor posibilidad de llegar a ser una de sus bellezas.

—Ya entiendo, Usted desea que no haga carrera.

—Eso es, exacto—responde Charley.

—Usted quiere casarse con ella, ¿no es cierto?—le pregunta Power.

—¿Cómo?—le contesta extrañado Charley.

Pero se da cuenta de que aquel subterfugio puede ayudarle en sus planes.

—Sí, sí, ése es mi propósito, señor Power, lo tenemos todo preparado—miente Charley—. Ella adora verse admirada, y a mí me encanta pasar inadvertido. Ahora casi hemos terminado.

—¿Por eso?

—Ha sido la única bronca que hemos tenido. Ella dice que quiere ser una estrella.

—¿Y usted se opone?

—No, yo no quiero convencerla de que no sirve para eso.

—¿Quiere decirme lo que desea?

—Sí, todos nuestros amigos le llenan de humo la cabeza, siempre están diciendo: «Debias ser una belleza de Power, siendo tan guapa».

—¿Y qué tengo yo que ver con toda esa historia?

—Lo único que le pido es que la desengaño de una vez y volverá a unirse a mí, y podremos ser el matrimonio más feliz del mundo. Justo, que la desengaño. Estoy seguro que la convencerá. Sólo que le entretendrá un minuto, señor Power. ¿Acepta usted?

—Está bien. La próxima vez que se obstine en una cosa, enciérrela en un colegio.

—Muchas gracias, señor Power. No se da cuenta, pero me hace el hombre más feliz de la tierra.

—No lo dudo—le dice Power.



Charley salió corriendo del despacho y al pasar por el lado de la secretaria, le dijo:

—Señorita, no cierre la puerta, vuelvo a entrar en seguida.— Llegando adonde Rossy estaba, la cogió del brazo y le dijo:— Venga usted, Power quiere verla inmediatamente.

Charley vuelve con Rossy al despacho de Power.

—Bien, aquí la tiene, señor Power; ésta es la muchacha de quien le hablaba. Señorita, el señor Power.

—Mucho gusto, señor Power—le contesta Rossy.

—¿Es ésta la joven que se hace ilusiones? Señorita, en este puesto que ocupa me halló en contacto con jóvenes de todas las artes del mundo, y todas sienten el mismo deseo de alcanzar el éxito; pero yo opino que el éxito de la mujer es triunfar como esposa. ¿No me considerará demasiado... si le pido que... si yo le pidiese que...?—le dijo, fijándose en el esbelto tipo de Rossy.—¿No le importaría dar unos pasitos ahí arriba? ¿Quiere dar una vuelta? Gracias. Ahora, según mi modo de pensar, los deberes de una mujer casada...—fijándose en los movimientos rítmicos de Rossy, le dice:—¿No le importaría dar unos pasitos? No está mal. Ahora, como iba diciendo...—prosigue Power—. yo creo que...—Se vuelve a Charley y le pregunta:—¿Cree usted que va a ser muy feliz a su lado?

—No puedo dudarlo—le contesta Charley.

—¿Ha pensado usted bien, muchacho, que es un verdadero crimen

apartar a esta hermosa muchacha de su carrera?

—He de advertirle que yo jamás me opuse a sus deseos. ¿Creyó usted que yo me oponía?—le pregunta Charley.

—Claro que lo creí—y volviéndose a la joven le dice—: Señorita Evans, es más bien penoso que difícil siempre pendiente de su persona, muy bien arreglada, es decir, preparada para trabajar al aire libre o bajo los focos abrasadores, con escenas muy difíciles vigilando todos sus movimientos. Quitándole horas al sueño, haciendo gimnasia...

—No me importa lo que haya que hacer—le contesta Rossy resueltamente—. Lo haré; deme usted la oportunidad. ¡Yo triunfaré!

—Bien; será mejor que lo piense, señorita Evans, no sea que él pueda convencerla de nuevo.

—¿Quién teme que me pueda convencer?

Charley, dándose cuenta que todo se iba a descubrir, fingió una tristeza que estaba muy lejos de sentir, y le dijo a Power:

—Yo sabré resignarme con lo que decida. Ella, antes que todo...—y volviéndose a Rossy, le dice—: Te deseo el mayor éxito del mundo... Señor Power, muy agradecido.

—Muy agradecido a usted, muchacho—le contesta Power.

—Un momento, Charley—le llama Rosy.

Pero Charley, que no quiere entrar en nuevas complicaciones y su único deseo es marchar de allí cuanto antes, le responde:

—No te muevas, por favor, Rosy... Quédate ahí quieta para que éste recuerde siempre como te veo ahora... sonriendo, feliz, y disfrutando.

Charley abrió la puerta y salió del despacho de Power.

## EL AMOR DE JELLY

**T**AN pronto como Charley salió de la estancia dejando a Rossy satisfecha y a Power encantado de su hallazgo, sintió un penetrante olor a quemado y una gran humareda notó que invadía la sala, donde momentos antes él había encendido la hoguera. Se percató en seguida de lo que ocurría y, penetrando en ella, aconsejó a las jóvenes, que corrían asustadas de un lado para otro, temiendo un voraz incendio.

—¡Dios mío! ¿Qué ocurre? Abrir en seguida los extintores... ¡No se apuren, no es nada!... ¡No se exciten!—aconsejaba a los demás.

De pronto se vió cogido del brazo por un guardia que avisado al mismo tiempo que los bomberos que acaban de llegar en aquel momento,

se había enterado de quién había encendido la hoguera que había provocado aquel pequeño fuego.

—Venga conmigo, incendiario.

—Un momento, un momento, guardia, yo...—trató de excusarse Charley—. Está usted equivocado. ¿Conoce al juez Murphy? Pues es mi primo.

—¿Ah, sí? Pues se alegrará de verle mañana por la mañana en el juzgado—responde el guardia irónicamente, y cogido del brazo se lo lleva, sin hacer caso de las excusas y protestas que grita el repórter.

—Un momento, un momento, yo no he hecho nada.

Charley ha ido a parar a una celda, y allí todavía conserva su buen humor, y trata de divertirse y gastar el tiempo jugando a las cartas



con sus compañeros de prisión. Un carcelero que llega, dice a Charley:

—Vamos, Charley, salga de ahí; sígame.

—Ya voy, ya voy, no se preocupe. Toma—le dice a otro muchacho que tiene cerca—, tendrás que acabar tú la partida. ¡Hasta la vista, muchachos!

Es conducido hasta el despacho del sargento de la prisión, hombre con cara de pocos amigos, el cual no responde al saludo que le hace el repórter.

—Firme aquí, por favor—le dice, indicándole una hoja de papel que está a su lado.

Charley obedece, y el sargento ordena que le sea devuelto todo lo que le quitaron al entrar en la prisión.

—Tome sus cosas; me quedo con las cerillas.

Charley las está recogiendo con parsimonia, cuando la voz de Jelly suena a su espalda:

—¿Qué hay, Charley?

—¿Cómo sabía que estaba yo aquí?—le pregunta, extrañado.

—Rossy me dijo todo lo que había hecho: cómo prendió fuego, cómo mojó a todo el mundo, cómo le arrestaron...

—¿Supongo que le habrá dicho también quién fué el que hizo su

fotografía, y quién la publicó en la revista? ¿Y no está enfadada?

—No; soy casi responsable de que se halle usted aquí—le dice bondadosamente, y cualquiera que sea capaz de prender un incendio por conseguir un empleo a una muchacha es digno de esto.

—¡Eh!... Oiga, ya nunca pensé que conocería a una muchacha como usted.

La áspera voz del sargento les saca de aquel coloquio para decirles, señalando a la puerta:

—Dígaselo en la calle.

Pero Charley está tan emocionado que no le hace caso, o quizá no le oye bien, y continúa hablando con Jelly.

—Nunca conocí a nadie como usted. ¡Vamos! Este no es sitio para ponerse sentimental.

Y ambos saliendo a la calle, van al estudio fotográfico de Charley, un pisito coquetón y limpio que éste posee y cuyas paredes están cubiertas de fotografías.

Al llegar el repórter, se pone a planchar la ropa que su estancia en la prisión y la agitada noche anterior habían deteriorado.

—Esas horas de arresto me han estropeado la ropa.

Dice a Jelly, que ensimismada, mira las fotografías de las paredes

de la habitación y le dice a Charley, asombrada:

—No sabía que hacía usted esta clase de fotografías.

—Sí, tengo mis momentos. Algunas noches no puedo dormir y me levanto y hago esta clase de fotografías. Soy un poco raro, ¿verdad? Aquí tengo una que es mi preferida. Venga a verla.

Y le enseña una fotografía que tiene sobre la mesa, y de la que, admirada, exclama Jelly:

—¡Esto es una obra maestra!

—¿Le gusta de verdad?

—¡Me ha cortado la respiración! ¿Cómo la consiguió?

—Me costó trabajo componerla, pero una noche salí, tropecé con una escalera de escape, enfoqué la máquina, y ahí está.

—¡Es usted un genio!—contesta admirada la muchacha.

—Domino bastante la cámara, aunque a veces hago fotografías de profesoras de canto en el bar. Mira usted ésta—le dice el repórter, mostrándole otra de sus mejores fotografías a Jelly.

—Pero, Charley, si puede usted hacer esta clase de fotos, ¿por qué pierde el tiempo?

—Tengo que comer... Pero hay una cosa que si me gustaría hacer.

—¿Qué?—le pregunta Jelly, intrigada y a quien empiezan a inte-

resar todas las cosas que al joven se refieren.

—Ser fotógrafo de guerra. ¿Se imagina la emoción de estar en medio de una batalla y poder hacer fotos a cada momento sin perder ni un detalle?—dice Charley, entusiasmado, cuya mayor ambición en la vida consiste en lograr este propósito.

—Sí que parece maravilloso.

—¿Lo ve, Jelly? Por eso tuve que presentar a Rossy al señor Power; si no lo hacía, mi jefe no me hubiera dado la carta de recomendación para ingresar en el ejército.

—Pero, Charley, yo le hubiera dado mi autorización aunque no la hubiera llevado a ver a Power.

—Debí haberlo adivinado. Es usted muy buena—y la mira cariñosamente—. Todo está arreglado, pero usted es la única que pierde.

—¿Yo perder? ¿Por qué?

—Mire esta fotografía estúpida le ha costado a usted el empleo. ¿No es así?

Y le enseña la fotografía que de ella apareciera en la revista «Hoy y mañana».

—Mi conciencia me dice que soy un poco responsable...

—¿Quiere también presentarme a Power?—dice Jelly, poniendo una postura ridícula e imitando a Rossy cuando hace para posar.



—¿Cuándo podemos ver la foto?—preguntó Benny Goodman.

Dennis era un joven dinámico.



Momento que aprovechó Dennis para sacar la fotografía.



—¡Ay, déjeme en el suelo, suéltame!





—Si, debe explicarse—  
dijo uno de los profesores.



—Si, lo hicieron—le gri-  
tó Rosy lezunda.



—Deseo hablar con el director— dijo enfadada la señorita Ivana



—¿De veras?— le contó  
de Rossy sorprendida



—¿Cómo sabía que estaba yo aquí?



—¿Es esta la joven que se hace ilusiones? — preguntó el señor Power.



—Nada más tiene que  
firmarlo—le dijo Charley.



—No sé cómo agrade-  
cerle—le dijo Rocky.





Las bellas de Power  
desfilaban al compás de la  
música.

Dentro de breves mo-  
mentos dará comienzo el  
desfile de bellezas.



GEORGE MURPHY y  
ANNE SHIRLEY, creado-  
res de los protagonistas.



—Usted no es Charley—  
Alice Dennis sorprendido.

—No, hasta con una—observa Charley, que se siente atraído por la muchacha, dada su bondad y hermosura.

—En serio, Charley, no se preocupe por mí; yo estoy bien.

—Es usted maravillosa, Jelly.

—Charley, eres encantador—exclama ella.

Y sin que uno y otro puedan darse cuenta, se sienten atraídos y enlazados, hasta besarse.

Cuando Jelly vuelve a su casa encuentra a su hermana ensayando posturas para posar delante de Power.

—¿Qué te pasa? Parece que te han dado un golpe en la cabeza—dice ésta al verla que llega tan entusiasmada.

—No me hubiera importado nada—y agrega alegremente—: Todo el mundo es tan agradable...

—¿No has pensado nunca en lo que un hombre puede hacer en una escalera de escape arriesgando su vida por conseguir una obra maestra?—añade Jelly— Algo con lo que no había soñado... ¡Es maravilloso!

—¿Qué es tan maravilloso?—pregunta Rossy, que no comprende el entusiasmo de su hermana, ni nada de cuanto ha dicho.

—Todo: los hombres, las mariposas, las escaleras de escape, la vida.

Rossy la mira sorprendida de este cambio efectuado en su hermana y que no puede comprender.

—Estás un poco trastornado.

—Sí, lo estoy, pero es tan maravilloso estar trastornado.

—Esto sí que te va a emocionar—dice Rossy—. He sido admitida entre los modelos de Power... ¡Avísame cuando despiertes.



Rossy está posando para Charley en su estudio. Esta está tapada con una gran toalla y él la salpica la cara con agua constantemente.

—¡Ay, ay, ay!

—Usted lo ha querido—dice el joven, que sin inmutarse continúa echando agua al rostro de la joven.

—Sí, pero no quiero ahogarme.

—Tiene que parecer que sale de la ducha, fresca, joven, alegre...

—¿Cree que podré hacerlo?

Charley le responde afirmativamente y toma las placas fotográficas que necesita, mientras indica a la joven que se coloque convenientemente; la cual momentos más tarde contempla la obra de arte que el repórter ha logrado sacar.

—¡Son maravillosas!—exclama, admirada.

—Sí, han salido bastante bien—dice él tranquilamente.

—No sé cómo agradecersele.

—No me lo agradezca a mí, fué idea de Jelly.

—Ya lo sé, pero usted las ha sacado. Muchas gracias.

—¿Cree que podrá triunfar?— pregunta Charley.

—Haré todo lo que esté a mi alcance.

—¿Qué dice Jelly?

—Se preocupa por ella?

—No, me preocupo por usted.

—¿Por mí?—le pregunta extrañada Rossy—. Es usted muy amable, no debía preocuparse. Se lo agradezco mucho, Charley.

—¿Qué?—dice, extrañado.

—Yo hubiera querido ocultárselo siempre, pero creo que es mejor que lo sepas. Sé que hemos nacido el uno para el otro. Te quiero, te he querido siempre desde el primer mo-

mento que te vi. Es la primera vez en mi vida que me enamoro.

—Puede que sea ilusión...—responde él, irónicamente.

—No crees que tengo corazón, ¿verdad?—pregunta ella enfadada.

—Sí, Rossy. ¿Por qué vas a enfadarte por una broma?—insinúa él para no molestarla, aunque realmente la cree incapaz de preocuparse de nadie como no sea de ella misma.

—¿Entonces tú no me quieres?

—Sí, claro que sí, como a una hermana.

—He sido una tonta—le dice Rossy, indignada y herida en todo su orgullo por el fracaso, y al marcharse precipitadamente le grita desde la puerta—: Eres un... un idiota.

—Puede que tengas razón—responde Charley filosóficamente.



## LAS BELLEZAS DE POWER

**E**L Club 400 rebosa de gente que baila alegremente a los acordes de la orquesta de Benny Goodman. Las famosas bellezas de Jack Power harán una exhibición de modelos al final del baile, y esto ha atraído al club gran cantidad de personas que, esperando llegue este momento, se divierten entretanto.

Charley Smith hace su entrada en el salón, en impecable traje de etiqueta. Al entrar, unos fotógrafos amigos pretenden hacerle una instantánea y Charley les dice alegremente mientras se prepara:

—Muchachos, disparad como si fuera un acorazado.

—Tendrás que descorcharnos una botella de champaña—le dice uno de ellos.

—En seguida, no tenéis que molestaros en esperar.

Charley se acerca a una mesa de invitados y viéndoles tan tristes y aburridos les dice:

—¿Qué hay, os divertís mucho?

—Muchísimo. ¿No nos ves la cara?

—Me alegro que lo paséis bien —les contesta Charley con marcada ironía.

—Charley, mi prometido Harry —dice Mado.

—Encantado.

—Este otro es mi prometido—le hace observar la otra chica.

—Encantado.

—Encantado—con la misma palabra le responde.

—Bueno — les dice Charley—,

tengo que irme. Hasta la vista, hasta la vista, hasta la vista...

En la habitación tocador de las bellezas de Power, en el Club 400, las chicas se arregian porque va a comenzar el desfile. Llaman a la habitación y un recadero entrega un ramo de flores.

La joven que lo coge les grita:

—Chicas, traen unas flores para alguna de nosotras. No puedo leer el nombre; dice: «De papitos».

—Son para mí—les dice una chica, y al mirar la tarjeta exclama, desilusionada—: ¡Oh, no son de «papitos»... son de mi padre.

Rossy está terminando de arreglarse, pero está tan nerviosa que no acierta a ponerse los vestidos.

—No estaré nunca arreglada—dice Rossy con cierto enfado a Jelly.

—No te impacientes, no tienes por qué preocuparte—le dice Jelly para tranquilizarla—. Estás preciosa. El jurado te esperará con ansiedad. Tú apareces después de la función. Buena suerte. Adiós.

—Adiós—le contesta Rossy algo más tranquila.

A poco de salir Rossy del camerino, entró el señor Power.

—Bien, señoritas; éste es el gran día. Ya ha llegado el momento que todas ustedes han deseado toda su vida. Dentro de unos instantes conocerán a su nuevo jefe. Sean na-

turales y confíen en su belleza. Este es el principio de su brillante carrera. Buena suerte.

—Gracias—le responden todas.

Charley y Jelly están sentados en una mesa del Club 400 esperando que dé comienzo el desfile de las «Bellezas de Power».

—¿Tú estás nerviosa?—dice el repórter a Jelly—. Yo parezco la llama de una vela en un ciclón. Ya sé lo que vamos a hacer. Te llevaré a dar una vuelta por la sala. ¿Ves aquel señor de la mesa de enfrente?—y le señala un señor de unos cincuenta años, gordo y algo bajo—. Es Lampi, el rey del cosmético. Le llaman el Zorro.

—¿El Zorro?—le pregunta Jelly, extrañada.

—¿Qué es eso?

—Un lobo vestido de corderito.

La orquesta termina de tocar y el público aplaude. Charley se levanta y hace una reverencia.

—Craí que era por mí—le dice con marcada ironía a Jelly.

—¿Tú no tienes nunca miedo?—le pregunta Jelly.

—No, si puedo evitarle, y menos estando a tu lado.

Un locutor habla desde el micrófono que hay donde toca la orquesta y les dice:

—Cada año llegan a esta ciudad miles de jóvenes con la esperanza

de poder ser una belleza de Power. Algunas triunfan y las otras tienen que regresar a sus hogares. Hoy vais a conocer a ocho de las más bonitas del Club 1943.

La orquesta toca y el locutor anuncia a las modelos.

—Señorita Bárbara Lita, Señorita Lilian Hubert, Señorita Rose Mary Colman, Señorita Linda Ceeling, Señorita Eveling Child.

Al son de los acordes de la música desfilan las modelos. Es una magnífica presentación de modelos y belleza. La música toca y las modelos dan unos pasos rítmicos.

La música cesa y el locutor anuncia la llegada de Rossy.

—Y ahora, señoras y caballeros, la señorita Rossy Evans, la estrella de todas las bellezas del año 1943.

Rossy desfila ante todo el público que, extático, la mira. Ella está radiante de belleza, de juventud, de alegría. La música interpreta unos bailes. Dennis, el amigo y ayudante de Charley, canta con su agradable voz y la fiesta toma un esplendor jamás pensado. Amor, belleza, juventud, alegría, es el ambiente que vive en aquella maravillosa presentación de modelos.

Cuando Dennis al terminar su interpretación se acercó a la mesa de Charley y Jelly:

—¿Cómo estáis?—les preguntó.

—Has cantado muy bien—le dijo Jelly emocionada.

—Gracias—le contestó Dennis, agradecido—. ¿Seguís con la idea de dar la fiesta a Rossy?

—Sí, claro—respondió Charley—y será mejor que me vaya para prepararlo todo.

—Dennis, ¿has terminado tú ya?

—Sí, no tengo nada que hacer.

—Bien, vámonos todos—les dijo Charley.

—No; tú te quedas para acompañar a Rossy, y no olvides: no decirle nada.

—No, no se lo diré—le contestó Charley.

—Adiós, Charley.

—Adiós, Jelly.

Salen del club Jelly y Dennis. En un ángulo del salón varios caballeros felicitan a Rossy.

—Ha estado usted magnífica, señorita Evans—dice uno de los caballeros que la rodean—. A propósito, mañana doy un cóctel...

Charley interrumpe la invitación que hacía a Rossy diciendo:

—Con permiso, con permiso, honestad, Magnífica, Rossy; yo sabía que tú triunfarías.

Rossy besa a Charley y los reporteros hacen fotografías a los dos.

—Gracias, Charley, todo te lo debo a ti—le dice Rossy.

—Vamos, muchachos, no es a mí

a quien hay que fotografiar. Es a ella. Las voy a publicar en toda la nación—dice Charley a los fotógrafos.

—Sonría un poco...—le ruega un fotógrafo.

El señor Power se acerca a la mesa del rey del cosmético.

—¿Cómo está, Power?—y señalándole a sus compañeros, le dice Samps: Ya conoce a mis amigos.

—Queremos felicitarle, Power, ha sido un éxito. Sabe usted elegir chicas guapas mejor que nadie.

—Sí, no están mal. ¿Cómo está su mujer?

—Bien—responde Samps, indiferente por aquella inesperada pregunta de Power.

—Mañana por la mañana le enviaremos las pruebas—dicen los fotógrafos a Rossy.

Power ve a Rossy y a Charley y va a reunirse con ellos.

—Bien, Rossy — dice Power—. ¿Está usted contenta ahora?

—Muchísimo, estoy encantada.

Dirigiéndose Power a Charley, le pregunta:

—¿Y usted, también está contento de su éxito?

—Siento mucho lo del incendio, pero éste es el resultado, y eso es lo importante—le contestó Charley.

—Ha triunfado usted como deseaba—dice Power a Rossy—, y

creo que pronto llegará a ser una estrella famosa.

—Un momento, un momento; ahora tendrá que casarse — dice Charley.

—¿Quién?—le pregunta Power, extrañado.

—Y cuidar de los niños.

—¿Pero todavía...?—dice indignado Power.

—Otra vez le engañaba—agrega Charley ingenuamente.

—Bien, pequeña, divertirse todo lo que pueda, y usted también, incendiario—dice Power al despedirse.

—Muchas gracias, señor Power.

—¿Sabes que es muy simpático?

Y para ser un personaje tan importante es muy sencillo. Es muy simpático. Vamos, coge el abrigo y vámonos—le dice Charley a Rossy.

—Oh, no; no puedo irme ahora.

—¿Por qué no?

—Me ha invitado el señor Samps —le respondió Rossy.

—Pero ya sabes que hoy es día para celebrarlo en familia... tú, Jelly, yo...

—No, no puedo hacer eso al señor Samps. Seguramente me contratará.

—¿Por qué no lo dejas para mañana?

—No, no; ésta puede ser mi oportunidad.



—Sí, pero no me gusta que te quedes con ellos.

—No; seguramente quieren hablarme para ofrecerme trabajo. Verás, iremos juntos a la mesa, diré que eres un amigo y... no quiero estar sola.

—Bien, pero sólo dos minutos. Jelly está esperando a Charley.

Samps, al verla acercarse, se levanta y dice:

—Buenas noches a la diosa de la fiesta.

—Buenas noches, señor Samps.

—Donal para usted, pequeña.

—Gracias, Donal, pero quiero que todos ustedes conozcan al hombre a quien debo mi éxito... El señor Charley.

—Espléndido, espléndido. Encantado de conocerle—le dice Samps mientras le tiende la mano— Siéntese usted también, están entre amigos. Estamos aquí reunidos para rendir el debido homenaje a la belleza. Un brindis por la señorita Evans—y Samps, reparando que en los vasos de sus amigos no hay licor, les dice—: Perdón, perdón, no pueden ustedes brindar con los vasos vacíos. Y ahora, por usted.

Y brindan en honor de Rossy.

Jelly está impaciente por la demora de Rossy y Charley, y son varias las veces que ha mirado desde la puerta para ver si vienen. En la

casa de Jelly están de invitados, Mado, Kitty y Dennis.

—¡Cuánto tardan!—se lamenta Kitty.

—Yo creo que no vienen—dice Mado.

—Claro que si vienen, saben que los estamos esperando.

—Hace tiempo que debían haber venido. No es que me importe, yo me divierto mucho, Bipi—grita Mado, quien ha bebido bastante licor.

—Lo mismo digo. Lipi—le corea Kitty.

—Vais a engordar mucho—les hace observar Dennis, al ver que están comiendo vorazmente.

—No me parece bien que Rossy tarde tanto—dice Mado con mala intención.

—Estoy segura que no es culpa de Rossy... además, ésta es su gran noche. ¿Qué es lo que has querido decir?—le pregunta Jelly, quien se ha dado cuenta del tono irónico con que Mado ha hablado.

—Yo, nada—responde Mado.

—No defiendas a Rossy—le dice Kitty.

—No creas que vale más que tú, de ninguna manera. La conocemos hace tiempo y conocemos sus procedimientos—dice Mado a Jelly.

—Eso digo—dice Kitty con su acostumbrada coletilla.

—No las hagas caso, Jelly—le di-

ce Dennis—. Lo que les pasa es que tienen envidia del éxito de Rossy. Toma, de jamón y queso, llénate la boca—dice a Mado. Dennis, para que no hable, y le da una fuente de comida.

—Jelly, porque te quiero, te digo estas cosas—dice Mado—. Tú eres buena chica, pero no tienes la tensión alta de la sangre.

—No sé de qué hablas—le dice Jelly, que no comprende lo que Mado quiere decir.

—Mira, tú eres la clase de chica que gusta y ella es la clase de chica que ellos persiguen; estoy segura que ahora mismo están Rossy y Charley pasándolo maravillosamente.

—Cállate—dice Dennis—. Ven, Jelly, vamos a bailar.

—No... no... Ya sé... Canta tú, vamos a divertirnos un poco—le dice Jelly.

—No me interesa — responde Mado.

—Eso digo yo—contesta Kitty.

—Eso digo yo, eso digo yo—le dice Dennis con mofa.

—No digas eso, me molesta—le hace observar Kitty.

—Vamos, Dennis, canta—le dice Jelly.

—Pero si no he traído música...

—¿Por qué no cantas con la música de la radio?—le propone Mado.

—Porque no tocan ninguno de mis números.

—Canta, Dennis—le suplica Jelly—: respira fuerte y canta.

Dennis canta una canción de amor que le hace aumentar las penas de Jelly. Está triste porque las palabras de Mado le han herido en lo más profundo del corazón. Jelly nota que las lágrimas están a punto de brotar de sus ojos y ruega a Dennis que se calle.

—Por favor, Dennis, si no te importa.

—Lo siento, Jelly—dice Dennis al verla tan triste.

—Si no me crees, ¿por qué no llamas a casa de Charley?—le vuelve a decir Mado, a quien le parece poco la duda que ha levantado en el enamorado corazón de Jelly.

—Creo que será mejor que os vayáis—les dice.

—Eso digo yo, y además es tarde y estoy de comer hasta los pelos. Vamos, Cuquí.

—Gracias por la cena—dice Mado al tiempo de despedirse.

Mado y Kitty se marchan. Cuanto están solos Kelly y Dennis, éste le dice:

—¿Qué te parecería si fuéramos a algún sitio tú y yo a divertirnos?

—Dennis, tienes las mismas ganas de eso que yo.

—Sí, tienes razón. Además, ten-

go que madrugar mañana por la mañana para ir a hacer unas fotos con la nueva lente que le he comprado a Charley. Será mejor que me vaya. Buenas noches, Jelly.

—Buenas noches.

—He disfrutado mucho — dice Dennis para consolarla, y se va.

Rossy y Charley continúan en el Club 400 en la mesa de Samps. Son muchos los brindis que han bebido en honor de la belleza de Rossy, que Charley está mareado.

—Vamos, tenemos que irnos — le dice Charley a Rossy.

—Nada de eso. Esta noche hay que celebrarlo. ¿Verdad que sí? — dice Samps a Rossy. — ¿Sabe usted que es la clase de chica que he estado buscando toda mi vida?

—¿Ah, sí? — le responde Rossy con cierta burla.

—Y va usted a ser la belleza de los cosméticos Samps.

—¿Ah, sí? — le responde Rossy.

—¿Ah, sí? — contesta Rossy asombrada por la noticia.

—¿Qué le parece esto?

—¡Es maravilloso, señor Samps!

—exclama Rossy, emocionada.

—Mi nombre es Donal — le corrige Samps.

Charley está bastante mareado y se pone a hacer toda la clase de muecas imaginables y a cantar.

—¡Cuá... cuá... cuá! ¿Sabe usted una cosa? — dice a Rossy. — Que me he mareado.

—Charley, ¿te das cuenta que voy a ser la belleza de Samps?

—Bien — dice Charley, indiferente.

—Tendremos que brindar — propone Rossy.

—Claro que sí — ratifica Samps.

—Bien, si ustedes insisten pero no lo debía de tomar — dice Charley, quien ya casi no puede conservar el equilibrio.

—Por mí, ¿eh? — pregunta Rossy.

—Sí, por usted — afirma Samps.

—Por ti y por él — dice Charley despectivamente.

## LAS DOS HERMANAS SE DISPUTAN EL AMOR DE CHARLEY

**R**OSSY y Samps llevan a Charley a su casa, éste que está beodo y a quien le duele especialmente la cabeza.

—¡Ay, ay, ay!—grita Charley.

—¡Pobrecillo! En seguida se te pasará—le dice Rossy.

—Tomando esto se despabilará.

Samps entrega a Rossy un vaso con cierto líquido.

—¡Ay, ay, ay!—vuelve a gritar Charley, a quien le duele mucho la cabeza.

El teléfono suena y Rossy lo coge.

—Allo, allo, allo...

Jelly, que es quien llama, al oír la voz de su hermana no contesta y piensa todo lo que Mado le ha dicho aquella noche.

Jelly se acuesta, pero no puede conciliar el sueño porque es presa de una horrible pesadilla. Cuando Rossy regresa a casa oye unos gritos que salen de la habitación de Jelly y al entrar la encuentra tendida en el suelo, aun bajo los efectos de la pesadilla.

—¡Jelly, despierta?... ¡Jelly, Jelly, levántate!—le dice Rossy, cogiéndola del suelo.

—¿Qué pasa? No sé qué me pasa—dice, despertándose.

—Estabas gritando muy fuerte; has debido tener una pesadilla.

—¿Dónde has estado?—le pregunta a su hermana, ansiosa por saber dónde ha pasado la noche.

—Lo siento, guapa, no haber venido a la fiesta que me preparaste.



pero Charley y yo estuvimos con el señor Samps, que nos invitó, y ya sabes...

—Sí, ya sé...—le dice Jelly con desprecio, porque la oyó hablar por teléfono cuando llamó a casa de Charley.

—Lo hemos pasado muy bien.

Jelly se enfada, porque se interpone entre ella y Charley, y le dice violentamente:

—¿Por qué no le dejas en paz? Nada te importa, ni él ni nadie. Nadie más que tu persona te interesa.

—¡Pero, Jelly!— exclamó asombrada.

—Siempre te he dejado salirte con la tuya—exclamó Jelly—; nunca me he opuesto a tus caprichos, pero esta vez no va a ser lo mismo.

—¿Ah, sí?—le desafió Rossy.

—¡Sí, sí!— insistía Jelly—. La gente no te interesa si no puedes sacar partido de ella; pues bien, yo no voy a permitirte que te aproveches de Charley.

—No creo que Charley opine lo mismo. Creo que le agrada bastante —miente Rossy—. Tú tuviste la oportunidad y si no has sabido conservarlo, peor para ti.

—No, te dejaré que me lo quites —le gritó Jelly.

—No olvides que eres mi hermana.

—Lo mismo te digo.

—Hablas como una chiquilla, pero si quieres guerra, está bien, la aceptaré. Y ahora, buenas noches.

Rossy sale de la habitación de Jelly, y ésta tan pronto se ve sola, se pone a llorar desconsoladamente, y así pasa gran parte de la noche.

## CHARLEY CONSIGUE SU...

A mañana se presentaba hermosa, radiante, y todo el mundo gozaba con el buen tiempo, menos Charley, quien duerme después de aquella noche de agitación. Cuando más plácidamente se hallaba en los brazos de Morfeo, llamaron a la puerta de su casa.

—¿Qué quiere? —gritó Charley, sin moverse de la cama.

—Es una carta—le respondió la portera.

—Es muy temprano, estoy en cama; diga que no estoy en casa.

—Abra—insistió la portera.

—Está bien, está bien, no se impaciente, ya voy a abrir. Esto es horrible, no le dejan a uno descansar en paz. Ya voy, ya voy, ya voy.

—¡Abra, abra!—le gritaba la portera, golpeando la puerta.

Charley, casi dormido, se levantó de la cama y como un autómatas, se dirigió a la puerta, la abrió y la portera entró como una exhalación.

—Vergüenza habla de darle despertarme a medianoche—fué lo primero que dijo Charley, quien no había reparado que era mediodía.

—Pues tendrá que acostumbrarse a madrugar—y mostrándole una carta, le dijo:—Mire esto.

Charley se puso nervioso al ver que era la carta que esperaba del Departamento de Guerra. Saltaba, corría y bailaba y tan sólo acertaba a decir:

—¡Del Departamento de Guerra, del Departamento de Guerra!

—¿Qué le pasa? ¿Tiene miedo que le llamen?—le preguntó la portera al ver las cabriolas que hacía Charley.

—No, tengo miedo que no me admitan. Tome, Mary, ábrala usted que tiene un corazón más fuerte que el mío.

—No tiemble más—le dice la portera, viéndole en aquel estado—. ¿Y qué va usted a hacer mientras la leo?

—Mary, por favor, no hable, lea—le ruega Charley—. Si es una mala noticia, quiero decir si no me admiten, dígamelo con disimulo, despacio. Hágame alguna señal... silbe, por ejemplo.

—No sé silbar—le contestó con ingenuidad la portera.

—¿Y cómo se las arregla usted para cobrar la renta?

—A propósito, ahora me acuerdo.

—No cambie de conversación en un momento como éste. ¿Qué sabe usted hacer?

—Sé cantar.

—Bien, pues si son malas noticias, cante, o grite, haga lo que quiera, y salga pronto de aquí.

—¿Y si son buenas?

—Pégueme, haga lo que quiera.

—Encantada—le contestó la portera, a quien esta idea le agrada.

Abrió la carta y se puso a leerla. No había transcurrido mucho tiem-

po cuando Charley sintió un fuerte golpe en la espalda.

—¡Ay! ... ¡Ay!!... ¡Ay!... Magnífico, Mary, me han admitido—decía Charley, bailando con la portera—. Me han admitido.

—Suélteme! —gritaba la portera—. Ya no soy joven.

—Es usted encantadora, hermosa—y quitándole la carta, le dijo—: Déjeme ver lo que dice... ¡Tarárá... tarará... tarará!... Quieren que esté allí a las seis de la mañana. No puedo estar allí tan temprano.

—Si el Tío Sam le dice que tiene que estar allí a las seis de la mañana, debe de estar allí a las seis.

—Sí, tiene razón. Pero tengo mucho que hacer, tengo que llamar a Roxsy, tengo que llamar a Jelly, tengo que comprarme un uniforme.

—Tiene que darse prisa.—le aconsejó la portera.

—Tiene razón, tengo que hacer eso también. Ahora salga, Mary, que tengo que vestirme, y recuerde: si llama alguien dígame que he ido a presentarme al capitán y volveré a la noche.

Dennis ensayaba, entretanto, con Benny y su orquesta. Al terminar de cantar, le dice a Benny:

—No he vuelto a ver a Jelly y nadie sabe dónde está; no puedo encontrarla.

—Pues más te vale encontrarla, porque Charley ha insistido. Quiere que venga ella más que nadie.

—No se preocupe, la encontraré —le aseguró Dennis.

—Veamos cuántos son: Charley, su madre, padre, Jelly, Rossy, tú y yo, y tú te ocuparás de los demás.

—Sí, sí, claro. Oiga, Benny, me parece espléndido que usted y yo demos esta fiesta de despedida a Charley; pero recuerde: quiero pagar la mitad.

—Bien, tú pagas el sesenta y yo el cuarenta.

—Bien, deme algo de anticipo.

—No tengo nada —le contestó Benny.

Jelly se estaba ocupando de sus vestidos para la fiesta; tiene que deslumbrar a Charley, darle a comprender que ella también es hermosa. Se enteró que alquilaban vestidos en una casa cerca y allí va Jelly dispuesta a procurarse el más hermoso y provocativo que encuentre.

—Quiero este vestido —dice al empleado, señalando uno bastante atrevido que hay colgado.

El vendedor, que parece comprender que Jelly no es la mujer adecuada para lucir aquel vestido tan descarado, le insinúa tímidamente:

—Señorita, no es traje para usted.

—Pero lo será cuando me lo ponga —le contestó decidida—. Quiero éste y una capa de zorros plateados. ¿Puedo dármele en seguida?

—Tendré que achicarle el traje —le hace observar el vendedor.

—Muy bien, volveré en seguida. Ahora que he alquilado el traje, tengo que ir a alquilar el hombre que he de ir con él.

—¿Alquilar un hombre? No lo creo posible —dice el incrédulo y sorprendido empleado.

—Pues yo sí —le responde Jelly, quien ya de antemano ha ideado un plan para conquistar a Charley.

Sabe que su hermana quiere arrebatárle al hombre que ama y no puede consentirlo porque su hermana es incapaz de hacer feliz a nadie y además porque está completamente convencida de que no podría vivir sin él.

A la fiesta de despedida en honor de Charley irá vestida con el traje que ha alquilado y para dar celos a éste estará acompañada durante el baile, Jelly quiere a Charley y tiene que disputar a su hermana el cariño del hombre que lo es todo para ella en la vida; por eso va decidido a todo, incluso a demostrar a su hermana que no es menester ser vampiresa para conseguir ser amada y conquistar el corazón de



un hombre, aunque a veces se empleen subterfugios.

Si Rossy quisiera de verdad a Charley, ella no sería un obstáculo para ellos y se retiraría dejándoles a los dos con su amor; pero permitir que su hermana juegue con el corazón del hombre que ella ama, eso sí que no.

El empleado observa a Jelly sin comprender lo que se propone con aquellas ideas de alquilar a un hombre.

Jelly se da cuenta de la sorpresa que han causado sus palabras en aquel hombre, pero no le importa lo que pueda o no opinar, ya que le parece que aquella persona tiene poca imaginación y muchas menos ideas.

Una vez que Jelly terminó de adquirir lo que deseaba, salió de la tienda dejando al empleado sumido en sus cabilaciones.

## CELOS CON CONSECUENCIAS

A fiesta de despedida que en honor de Charley se está celebrando resulta animadísima. A ella han concurrido sus mejores amigos, y todo promete una noche feliz y divertida, para decir adiós al joven repórter que pronto ha de estar lejos de allí, en algún campo de batalla. Los padres de Charley han venido de su granja para asistir a ella. En una mesa está Rossy, bella y elegantísima, como corresponde a la mayor belleza de Jack Power; se ve obsequiada y solicitada por todos, incluso por aquellos que antes apenas reparaban en ella. El padre de Charley le muestra, entusiasmado, los regalos que han hecho a su hijo.

—Este se lo ha regalado el señor Goodman,

—Es magnífico—exclama Rossy. Al terminar de tocar un baile la orquesta, Charley y su madre, que momentos antes danzaban en la fiesta, regresan a la mesa.

—Bien, papá, ya no tienes que preocuparte por mamá, aquí la tienes, baila magníficamente.

—No te rías de mí, Charley. Con esta clase de música es imposible llevar el compás; los bailes de mis tiempos eran mejores.

Dennis se acerca a la mesa de Charley y saluda a sus padres.

—Felicidades, señora Charley. La he estado admirando, baila usted mejor que su hijo.

—No sé cómo tomar eso—le respondió, algo molesta.

—Yo creo que quiere bailar contigo—le dijo Charley.

—Vamos, vamos, eres igual que tu padre.

—Ahí lo tenéis, no he abierto la boca y ya me están regañando—hace observar el padre de Charley.

—No se preocupe, señora Charley—dice Rossy—. Ha bailado usted divinamente. ¿Verdad, Dennis?

—Sí, claro que sí.

—Nuestro baile, Charley—dice Rossy.

—Con permiso, mamá. ¿Por qué tardará tanto Jelly?—preguntó a Rossy algo inquieto.

—Ya vendrá—le contestó Rossy, indiferente y cambiando de conversación—. He pensado que durante tu ausencia tus padres estarán muy solos, y yo iré a hacerles compañía.

—Te lo agradezco.

—Me gustan mucho y sé que en la guerra te acordarás mucho de tu casa, y así sabrás que no están solos.

—¿Ah, sí?—le respondió Charley, incrédulo.

Una cantante se aproximó al micrófono y Rossy le dice amorosamente, tratando de conquistarle:

—Quiero que escuches esta canción, la he pedido especialmente para nosotros.

La vocalista cantó una canción romántica y lenta que habla de amor y de ausencias.

Lo que dice esa canción es verdad, y esa chica soy yo.

—No lo sabía... Te felicito. Me alegro mucho—le contestó Charley con ironía.

En aquel momento llega Jelly al baile. Viene con el vestido que alquiló horas antes, el cual, aunque peca de algo atrevido, le sienta maravillosamente. El hombre que ha alquilado para que le acompañe, le da el brazo correctamente.

—Allí está Jelly—dice Charley a Rossy con muestras de júbilo.

Desde que el joven repórter ha visto a Jelly desea fervientemente que termine aquella pieza que está bailando con Rossy, para reunirse con Jelly y explicarle los motivos por los cuales no asistió a la fiesta como la había prometido. A Charley aquella pieza le parece interminable, y para que cuando acabe no tenga que perder ni un segundo de estar con la muchacha, lo que hace es ir aproximándose hacia donde está Jelly. Mas, cuando está lo suficiente cerca para poderla casi hablar, se da cuenta sorprendido de que un caballero la da el brazo y ella parece satisfecha de su compañía. Jelly observa disimuladamente a Charley, y cuando ve que la joven que baila con él es su hermana, más que antes está dispuesta a no dejarse arrebatar a Charley por las co-

queternas de Rossy. Dirigiéndose al caballero que la acompaña, le dice:

—Recuerde que estamos muy enamorados, y no olvide fingir celos.

Si todo sale como Jelly espera, Charley tendrá su merecido por no comportarse como debiera. Ella le quiere, pero no tiene inconveniente en hacerle sufrir un poco para estar más segura de su cariño, pues la consta que el joven repórter está enamorado de ella, o al menos, eso la ha dado a entender repetidas veces, aunque no las tiene todas consigo. La muchacha mientras piensa todas estas cosas mira a su acompañante y se da perfecta cuenta de que es un joven atractivo, correcto y educado, tal vez demasiado para lo que ella pretende hacer con él. Sin embargo, tiene confianza en sí misma y espera que todo la salga como quiere.

—Haré lo que pueda, señorita Evans—responde su acompañante amablemente y dándole a entender que él pondrá de su parte toda su voluntad para que las cosas salgan como la muchacha espera, y que si no ocurre así no será precisamente por su culpa, sino porque el destino lo ha querido.

—No, no, llámeme Jelly—corrige ella, dándose cuenta que si alguien le oye llamarla así no creerá que tienen confianza entre ellos, y en

verdad que Charley comprendería el juego inmediatamente, pues dos enamorados suelen tutearse en seguida.

—Está bien... Jelly.

—Creo que lo haremos bien—afirmó Jelly, esperanzada.

—El «maitre» se acerca a la pareja y les pregunta:

—El nombre es...

—Vandy Van Dicrif—respondió el acompañante de Jelly.

—Hace tiempo que no venía por aquí, señor Van Dicrif—le dijo el «maitre», quien al parecer lo conocía.

—Sí; he estado ocupado. ¿Podemos tener una mesa?

—En seguida. Por aquí—les indicó el «maitre». Jelly y Vandy van detrás del «maitre», en dirección a la mesa que éste le ha indicado.

—Creí que no había estado usted nunca aquí—le dice Jelly a Vandy.

—Y no he estado, pero mucha gente cree que me conoce aunque sólo me conozca de vista. Sin embargo, tengo un tipo que no es corriente.

—¿Qué hay, Jelly? — le saluda Charley, saliendo a su encuentro.

—¡Oh, Charley! — le responde ésta, haciendo ver una alegría que no posee.

Jelly quiere estar despectiva con Charley, pero no puede porque le



quiere. Se dirige a su acompañante, al cual le dice:

—Vandy, éste es el señor Charley, un gran amigo mío.

—¿Qué hay?—le saluda Vandy.

Charley le mira rencoroso y no contesta a su saludo.

—Esta es Rossy, mi hermana mayor.

—Encantado, encantado de conocerla—le dice Vandy, cósquioso.

—¿Dónde has estado?—le pregunta Charley—. Te hemos estado buscando. Ven, quiero presentarte a mis padres.

—La lleva a su mesa;

—Mamá, papá, esta señorita es Jelly Evans.

—¿Cómo están ustedes?—pregunta Jelly lacónicamente—. Señora Charley, señor Charley, les presento a Vandy Van Dicrif.

—¿Cómo están ustedes?—les saluda Vandy respetuoso.

Charley quiere que Jelly se quede en su mesa y le invita diciéndole:

—Bien, Jelly, tú te sientas aquí

—dice señalando una silla que está a su lado, y volviéndose con cierta indiferencia, agrega—: Y tu amigo puede sentarse por allí.

Charley está contento con la presencia de Jelly, pues temía que no asistiera a la fiesta de despedida. Cuando estuvieran solos tiene que decirle algo muy importante. Mira-

ba fijamente a Jelly, estaba tan bonita con aquel traje claro, que no le gustaba porque lo encontraba un tanto provocativo, pero había que reconocer que le estaba muy bien, y además, ella era tan bonita.

Tras haber hecho la presentación, todos se sentaron menos Jelly y Vandy. Charley la miró extrañado porque él sabía que la quería y no sentía celos de aquel acompañante tan engreído que iba con Jelly. Pero ésta hizo cambiar por completo la opinión que tenía del amor que podía profesarle Jelly al decirle:

—Lo siento Charley, pero Vandy y yo...

El joven repórter se levantó de la silla sorprendido al ver la intimidación que existía entre Jelly y Vandy. Le molestaba el tono de voz que había empleado para decirle que no quería quedarse con ellos en su mesa, y tampoco le agradaba aquella forma de mirar a Vandy.

Estas palabras y estos gestos hicieron que cambiara por completo la alegría que tenía Charley. Fue cuestión de un momento su cambio. ¿Por qué se portaba de aquella forma tan rara, Jelly? Charley se dio cuenta que era por causa de no haber comparecido en casa de Jelly el día de la fiesta que tenían preparada a Rossy por el éxito obtenido como belleza de Power. Pero, en

verdad, no la comprendía, o a mejor decir, los celos que habían nacido no le dejaban comprender las cosas.

Aquel Vandy le resultaba la persona más insoportable de su vida.

Todos se extrañaron de la actitud de Jelly, y más que nadie sus padres, porque no sabían lo ocurrido.

—Lo siento, Charley, pero Vandy y yo...

—Gracias—contesta Vandy—, lo siento—. Un poco más tarde quizás. Vamos, pequeña—le dice a Jelly cariñosamente.

—Sí, Vandy querido...—dice Jelly al tiempo que se despide de los padres de Charley.

Charley, extrañado ante la actitud de Jelly, dice a sus padres:

—No lo comprendo.

Rossy se queda pensativa; de pronto parece recordar.

—¿Vandy Van Dicit? Yo he oído este nombre en alguna parte.

—Lo conozco y no sé se dónde

—hace observar el padre de Charley.

—Yo sé dónde me gustaría mandarlo—le dice Charley, furioso, el cual empieza a sentir celos—. No puedo soportar el que Jelly esté con otro hombre—y se acerca a la mesa de Jelly y Vandy.

—Perdone, Jelly, sé que estás enfadada por lo de anoche, pero voy a explicarte por qué no fuimos.

—Agua pasada no mueve molino—le responde Jelly, furiosa porque se imagina otras cosas—. No pudiste venir, y nada más; no tiene importancia.

—No es eso—le dice Charley, el cual desea explicarle lo sucedido—. Quiero que sepas los motivos por lo que no pude ir.

—No me interesa. Miente Jelly porque quiere darse importancia. Sabe el interés que tiene Charley por ella y no ignora que le tiene en su poder, pues ahora va a saber lo que la hizo pasar en una noche de incertidumbre y de desconsuelo. Ella se va a vengar de una forma suave pero cruel; no va a hacerle caso. No tomará en consideración las palabras que pueda decirle; es decir, hará como que no la interesa, pero la verdad es otra cosa distinta: ella necesita que le diga dónde estuvo la noche de la fiesta aquella noche, que llena de ilusión, le esperaba en su casa en compañía de Dennis y de las dos amigas de su hermana. Si él supiera cómo le quiere; si supiera que todo cuanto hace es por él por conseguir su amor, pero como mujer no sabe perdonar, o al menos no quiere. Ahora que ya sabe que Charley la ama no quiere perdonarle.

—Es que es mi deseo explicártelo—le grita Charley iracundo, porque comprende que él no tiene cul-

pa de nada de lo que ocurrió, y además, no le quiere escuchar a él, que tanto la quiere. Charley no se explica lo que la ha podido pasar a Jelly, no puede explicarse cómo es posible que una persona cambie con tanta facilidad y en tan poco tiempo.

—Ya te he dicho que no me interesa... Y por favor, no me grites.

—No grito, no grito; trato sólo de explicarte.

—En serio; todo esto es innecesario. ¿Vandy, quieres bailar?

—Sí, claro—le responde solícito éste.

—Un momento, Jelly, deja que te explique.

—No es necesario hacer una escena, puesto que a ella no le interesa lo que usted tenga que decirle—le explica Vandy, molesto.

—¿Quiere usted que le dé un consejo?—le pregunta Charley, desafiado—. Parece cansado. ¿Por qué no descansa un poco mientras hablo con Jelly?

—Joven, está usted molestando a la señorita—le hace observar Vandy.

—Estoy molestando a... Yo no molesto a la señorita Evans, y además yo molesto a quien quiero, incluso a usted—le grita Charley, agresivo.

—Creo que no me entiende usted: que no queremos que se quede, y deseamos que se vaya.

—Sí, quieres que me vaya, ¿eh? —le dice a Jelly—, pues déjame que te...

—Esto no es lugar para explicaciones.

Y como Charley se muestra violento, Vandy le dice, desafiador:

—Si quiere que vayamos a otro sitio, estoy a su disposición.

—¿Usted a mi disposición! ¡Qué risa! Y yo también... Allí, detrás de la luz encamada, y ahora mismo.

—Adiós, pequeña; vuelvo en seguida—dice Vandy.

—Te estás portando como un chico, Charley.

—No te preocupes; lo mandaré a casa para que no tengas que hacerlo tú—le contesta Charley, quien va no puede soportar ni los celos ni a Vandy.

Dennis se aproxima a la mesa de los padres de Charley y les dice que va a cantar a Charley su canción favorita, y que cuando esté cantando que se ponga en pie.

—Voy ahora a cantar, no olviden levantarse—les recuerda Dennis al dirigirse adonde está la orquesta tocando.

Charley y Vandy van hacia los lavabos. Dennis, al verle, hace que se interrumpa el baile y se pone a cantar, pero Charley ni se da cuen-

ta y entra en los lavabos, seguido de Vandy.

—¡Se ha ido!... —dice Dennis tristemente, interrumpiendo la canción.

Charley y Vandy entran en los lavabos dispuestos a pegarse. Allí hay poca gente: el negro encargado de

la limpieza y un señor que se está afeitando.

—En guardia—le avisa Charley.

Vandy le da un golpe que le hace caer de espaldas sobre el señor que se afeita, el cual da un grito, porque al tropezarle Charley en su caída le ha hecho cortarse.



## AMOR Y PURETAZOS

**R**OSSY ha ido a sentarse a la mesa de Jelly y ésta le dice:

—¿Recuerdas que una vez me dijiste que era mejor querer a un rico que a un pobre? Pues tenías razón, es mucho mejor.

—Has progresado—le contesta Rossy con ironía.

—Siempre fui buena alumna. Tienes que venir a pasar alguna temporada con nosotros en la casa de Palm Beach, o en el rancho de Nuevo Méjico, en nuestra residencia en Long Island o en el piso de Nueva York.

—No me digas que no tienes una finca para ir a cazar en Connecticut—le dijo con mofa Rossy.

—No, es en Carolina del Norte. Estoy pensando que no sé en qué

gastar el dinero: en coches, en pieles o en alhajas—miente, tratando de deslumbrar a su hermana.

Vandy, después de dar a Charley una estupenda paliza y dejarle sin sentido, vuelve a la mesa en que se encuentra Jelly.

—Lo siento—se disculpa éste por su ausencia.

—¿Cómo está Charley?—le dice ella con ansiedad.

—No te preocupes, mi vida, no creo que vuelva a molestarnos.

—Vandy, mi hermana me ha hablado de su finca de Carolina del Norte, me gustaría poder ir allí alguna vez—insinúa Rossy.

—A Jelly y a mí nos encantara que venga.

Entretanto, Charley ha conseguido sobreponerse de los golpes que

Vandy le ha propinado y aunque algo magullado, se coloca la corbata, se afeita el pelo y vuelve a la mesa donde éste y las dos muchachas se encuentran.

—Perdone, ¿le molestaría volver otra vez?

—Con permiso—se disculpó Vandy, dirigiéndose a Jelly y a su hermana.

—Dennis, que esperaba la presencia de Charley para cantar la canción que piensa dedicarle, dice a Benny al verle aparecer de nuevo saliendo de los lavabos:

—Esta vez saldrá bien, esta vez es la hora.

—¡Ojalá tengas razón!—le contesta Benny, quien ya se encontraba molesto por aquellas interrupciones.

Dennis canta la canción dedicada a Charley, pero pronto se interrumpe al verle desaparecer nuevamente en el cuarto de los lavabos.

—En guardia—volvió a decirle Charley, y un nuevo golpe de Vandy le tira de nuevo al suelo y al caer al suelo empuja al señor que se está allí afeitando, el cual grita desafortunadamente por haberse vuelto a hacer un corte con la hoja.

Charley, esta vez, queda en el suelo sin sentido un buen rato.

—¿Espero que no le haya hecho daño?—dice, temerosa.

—Debo decir que es muy resistente. ¿Pero quién es este joven?—pregunta Vandy intrigado por el interés que demuestra por él la muchacha.

—Es el mejor muchacho de Nueva York, y se ha incorporado en el ejército—le contesta Jelly con marcado orgullo.

—Sí—agrega Rossy—, y se va mañana por la mañana.

—Sí; es teniente de la compañía 634 del Cuerpo de señales.

—¿Es teniente de la 634?—exclama Vandy asustado por aquella inesperada noticia—. ¡Oh, oh!

Vandy se levanta y mira asustado a Rossy, quien, sorprendida, le va a preguntar qué le ocurre; pero no le da tiempo a ello, porque Vandy se dirige corriendo adonde está Charley sin conocimiento.

Las dos hermanas no se pueden explicar el motivo de aquel repentino cambio operado en Vandy.

—¿He dicho algo que no debí decir?—pregunta Rossy a Jelly, extrañada por la actitud del acompañante de su hermana.

—Sí no lo hubieras dicho, hubiera sido una novedad, y debo advertirte que has hecho muy mal en decirselo a los padres de Charley.

Vandy entra en los lavabos, donde Charley está sin conocimiento,

y cuadrándose a la usanza militar le dice:

—¡Teniente, teniente, teniente, hable, por favor! Nunca me perdonaré esto que he hecho. ¿Por qué lo habré hecho?

Viendo al criado negro que le mira, le grita enérgico:

—¡Agua! ¡Traiga agua pronto!

El criado negro le mira con cierta timidez y sin responder va a buscarla.

Vandy se arrodilla junto a Charley e incorporándole le suplica:

—¡Hábleme, por favor!

El aturdido reporter no se da cuenta de nada, pues todavía está bajo los efectos de los golpes que le ha propinado su contrincante. La puerta se abre y por ella entran dos camilleros con la camilla preparada para transportar a un herido. Al ver a Charley tendido en el suelo hacen mención de cogerle, pero en aquel momento llega el criado negro, quien oye decir a uno de los camilleros:

—Cógele por las piernas.

Cuando van a echarle en la camilla, el negro:

—Caballeros, éste no es el herido, es este otro.

Y señala al señor que se estaba afeitando cuando Charley y Vandy entraron a pegarse en los lavabos, y al tropezar con él Charley al

caer, le hizo cortarse varias veces.

Los camilleros se acercan al herido, le cogen con cuidado y lo echan sobre la camilla.

—Despacito—advierde un camillero al otro.

Cuando salen por la puerta dicen a los que están con el repórter.

—Volveremos por él en seguida.

Vandy no sabe cómo hacerle reaccionar y todo cuanto se le ocurre hacer es darle suaves meriscos al tiempo de decirle:

—Levántese.

—¡Ay, ay, ay!—exclama dolorido Charley, quien ha vuelto a recobrar el sentido—. ¿Es usted otra vez?

—Sí—responde Vandy.

—¡En guardia! Vuelvo a desafiarte.

—¡Oh, no, no, señor! No sabe cómo siento haberle golpeado.

—¿Por qué me llama señor?

—Porque es usted teniente—aclara Vandy.

—¿Y cómo lo sabe?

—La señorita Evans me lo ha dicho, y yo soy sargento de su compañía y también salgo mañana.

—Lo que quiero saber es lo que hay entre la señorita Evans y usted.

—¡Oh, nada, nada en absoluto! Me empleaba a mí para darle celos a usted.

—¿Celos?—pregunta Charley extrañado.

—Está loca enamorada de usted.

—Está enamorada de mí, ¡uy, uy! Tengo que encontrarla—dice el enamorado repórter a la vez que sale corriendo en busca de Jelly.

Esta y su hermana Rossy están con los padres de Charley conversando en espera de que Vandy vuelva.

—Deben estar orgullosos de su hijo; es un excelente muchacho—les dice Jelly con cierta ingenuidad.

—Eso creemos nosotros, señorita Evans—contesta la madre, halagada.

—Notarán mucho la falta—les dice de nuevo la inocente Jelly.

—También sentirá usted la falta de su hermana—le advierte el padre de Charley.

—¿La falta de mi hermana?

—Rossy y Charley se van a casar—dice el padre del joven repórter, que ignora el amor que por su hijo siente Jelly.

—¿Charley y Rossy?—pregunta Jelly, asombrada por aquella inesperada noticia.

Ha sufrido un gran desengaño y no sabe cómo comportarse frente a los padres de Charley. Ella siente que las lágrimas le afluyen a los ojos y no quiere que la vean llorar; por eso quiere marcharse y les dice con cierta inseguridad al hablar:

—¿Perdóneme!...



## LA DESPEDIDA

JELLY no puede contener por más tiempo las lágrimas y se marcha sin despedirse. Ella sabe que no puede perder a Charley porque le quiere, y ahora resulta que va a casarse con su hermana precisamente. Los padres de Charley no comprenden aquella repentina marcha y se miran entre sí como preguntándose la marcha tan precipitada de Jelly. ¿Qué ha ocurrido para que Jelly se porte de aquella manera?... Rossy sí sabe los motivos que han inducido a su hermana a abandonar el local de aquella manera, pero no quiere decirlo, y es más, no siente la mayor pena por el dolor de Jelly.

—¿Qué he hecho yo ahora?—se pregunta extrañado el padre de

Charley, quien se cree responsable de la actitud de Jelly.

Charley no puede creer lo que Vandy le ha dicho. ¿Será cierto que Jelly está enamorada de él?... Su alegría no le deja coordinar ideas, y está tan azorado que no sabe qué hacer; por fin se decide a ir a buscarla. Abre la puerta de los lavabos y sale corriendo, sin preocuparse de nadie; todo su interés está recencontrado en Jelly. Al cerrarse la puerta, que Charley ha dejado abierta, da un golpe a Vandy, quien se desploma al suelo sin sentido. En este momento llega Dennis por la otra puerta y viendo a Vandy en el suelo, le confunde con Charley y le dice:

—¡Por fin! Tengo una sorpresa para ti.

Y se pone a cantar la canción que le tenía dedicada. Cuando la tiene casi terminada se da cuenta que aquel que está en el suelo no es su amigo, y cesando de cantar, se aleja de aquel sitio enfadado por la plancha que se ha tirado.

Charley llega adonde están sus padres y les dice muy contento:

—¡Mamá, papá, felicítarmel! ¡Soy el hombre más feliz de la tierra!

—¿Felicítarte? ¿Por qué? — le pregunta Rossy, temerosa.

—Porque un hombre enamorado se ha enterado de que ella le quiere.

Y mirando a Rossy con cierta benevolencia agrega:

—Tú no lo entenderás, Rossy...

Todos le miran extrañados por el repentino cambio que se ha operado en Charley, menos Rossy, que ahora comprende todo. Charley mira a todos sitios y al no encontrar a Jelly pregunta a sus padres:

—¿Dónde está Jelly?

—No lo sabemos—contesta el padre de Charley, quien empieza a comprender todos los motivos por los cuales su hijo está tan alegre.

—¿Se ha ido?—pregunta Charley tristemente— ¡Oh!... ¡Oh!...

Mas, resuelto, dice enérgicamente:

—La tengo que encontrar.

Sin dar más explicaciones, sale corriendo en la misma dirección que momentos antes ha salido Jelly. Rossy está nerviosa y su mal humor se da a comprender. Ella sabe que está derrotada, pero no quiere explicar las causas de aquellas marchas, y además no puede articular palabra porque ella no está acostumbrada a perder, y esto la desconcierta.

Al día siguiente se celebra la boda de Jelly y Charley; éste viste el uniforme del ejército de su país. Dennis actúa de padrino, y como la ceremonia le aburre, se divierte en sacar fotografías a todos, teniendo predilección por el juez, quien, ajeno a todo lo que ocurre, pero a con arreglo a la ley de Dios y de los hombres.

—Delante de estos testigos y en nombre de la ley de este Estado, yo os declaro marido y mujer.

Al terminar la ceremonia, el juez, solícito, les dice con cierta afabilidad:

—Les deseo muchas felicidades.

—Gracias—contesta Jelly, quien, de contenta que está no sabe qué decir.

Es la felicidad que ha entrado en aquel corazón noble, es el amor de Charley lo que la convierte en la más feliz de todas las mujeres. Entretanto, Dennis sigue curioseando

por allí y sacando fotografías. Viendo al juez de cierta postura, se aproxima a él y le dice:

—Con permiso.

Y toma unas fotografías del juez.

—Envíeme una foto—le dice éste.

Salen de la ceremonia y Dennis se adelanta para fotografiar a sus dos amigos a la salida del juzgado. Tira unas fotos y les dice con cierto desenfado:

—Os habéis movido.

—No importa—le dice Charley, y dirigiéndose a su esposa agrega:

—Bien, querida, adiós.

—¿Adiós?—exclama intranquila Jelly por aquellas palabras.

—Sí, adiós—le dice Charley—. Tengo que marcharme en seguida. ¿Pensabas pasar así la luna de miel?

Después, más comprensiva, le dice:

—Esta la haremos cuando me den mi primer permiso.

La abraza fuertemente y la besa. Están los dos unidos para siempre y ya, por muy distante que se hallen, siempre se sentirán el uno junto al otro. Charley, que comprende que prolongar la marcha es aumentar las penas, suelta a su esposa y salta en un coche que no lejos de allí está, y dice a Vandy, que es el conductor:

—Arranca...

Y mirando a su esposa le dice, levantando la mano:

—¡Adiós!

Jelly le mira tristemente, al tiempo que, levantando la mano, corresponde a su saludo. Ahora comprende que su marido no se debe a ella por entero, sino también al deber que tiene que cumplir en la guerra. Está triste porque nunca se hizo cargo que tendría que separarse de él tan pronto y nunca creyó que el separarse de un ser tan amado sería tan doloroso.

El coche arranca y ambos cónyuges se miran con tristeza. El día de la boda tienen que separarse... y además con un cariño tan grande como ellos se tienen. Su esposo vuelve a levantar la mano y ella le corresponde, a la vez que las lágrimas le brotan de los ojos y un sollozo que dice:

—Adiós...

El coche se ha alejado, y Jelly apenas divisa ya a su esposo. Ahora se encuentra más sola que nunca porque sabe lo que es la felicidad y perderla es como morir. Mientras Jelly mira a lo lejos, un mal pensamiento viene a su cabeza. ¿Y si no volviera? ¿Y si se quedara para siempre en los campos de Europa, como otros tantos compañeros, para toda la eternidad?... Jelly comprende que esto puede ocurrirle, pero

también sabe que el deber es antes que la misma vida y se consuela con sentirse hoy feliz. Los días felices volverán a vivirse y cuando él vuelva comenzará la vida que soñó el día que le conoció, y mientras tanto, a esperar la vuelta, que sin duda será tan gloriosa como la de sus compañeros. Cuando él vuelva serán tantas las cosas que tendrán que contarse que apenas tendrán momentos libres para recordar las

amarguras pasadas el uno lejos del otro. Dennis la miraba y comprendía lo que por el corazón de su amiga pasaba; él sabía que pronto serían felices y se alegró de esta dicha porque era feliz sabiendo que los demás también lo eran. Jelly se dio cuenta del deber que en Europa tenía que cumplir su marido y se sonrió al ver por última vez el coche que conducía a su esposo a embarcar para los campos de combate.

## FIN



# NOVELAS POLICIAES

A 2 ptas.

LA MASCARA DEL OTRO  
EL CRIMEN DEL SIGLO  
SECUESTRO SENSACIONAL  
LA VUELTA DE ARSENIO LUPIN  
EL DETECTIVE Y SU COMPANERA  
LOS DEFENSORES DEL CRIMEN

A 1 50 ptas.

EL CRIMEN DE MEDIANOCHE  
ACUSADA  
EL MISTERIO DE VILLA ROSA  
BAJO EL MANTO DE LA NOCHE  
EL ASESINO INVISIBLE  
ALARMA EN EL EXPRESO  
EL SOBRE LACRADO  
LA CULPA DEL OTRO  
EXTRANOS EN LUNA DE MIEL  
UNA HORA EN BLANCO

Pedidos a

EDITORIAL ALAS — Apartado 707 — BARCELONA

Los artistas más célebres

Las grandes producciones

La mejor literatura

siempre en



EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

El bailarín pirata . . . Charles Collins  
Melodía de Broadway . . . Robert Taylor  
Apuosta de amor . . . Gene Raymond  
Héctor Fieramosca . . . Cirio Cervi  
El mundo a sus pies . . . Lily Pons  
Sepultada en vida . . . A. Nazari  
Defensores del crimen . . . Richard Dix  
Aventura Pompey . . . Kate de Nagl

Melindita rosa . . . Billy Bings  
Titanes del mar . . . Victor McLaglen  
Capido sin memoria . . . Ann Southern  
Maria Hena . . . Paula Wessely  
Pasada Jamaica . . . Charles Laughton  
El caso Vane . . . Clive Brook  
Quincea de Hollywood . . . Joan Fontaine  
Los tres vagabundos . . . Heinz Rühmann

SERIE ALFA

2'50 ptas.

Sabá, Toomay de los  
alufantes . . . Sabá  
Tu cambiaras de vida . . . M. Reidgrave  
Las dos niñas de París . . . C. Barchon  
¿Es mi hijo? . . . Lil Dagover  
La última avanzada . . . Cary Grant  
Vacaciones juca Harvey . . . Mickey Rooney  
Margarita Gautier . . . Robert Taylor  
Mortal sugestión . . . Ann Harding  
Una chica insuperable . . . Danielle Darrieux  
Bajo monte de la noche . . . Edmund Lowe  
Alarma en el expreso . . . M. Reidgrave  
Crimen de medianoche . . . Ramón Pereda  
El signo de la Cruz . . . Fredric March  
El ucrino invisible . . . Walter Abel  
Los dos pilletes . . . Jacques Tavori  
Pygmalion . . . Leslie Howard  
Maris Estuardo . . . Kath. Hepburn  
Cuidado con lo q. hacen . . . Michael Redgrave  
Por la dama y el honor . . . Paul Lukas  
El día que me quieras . . . Cécile Gaudel  
El pequeño lord . . . Fr. Bartholomew  
Tarsán de las fieras . . . Buster Crabbe  
Albergue nocturno . . . Greta Gynn

El misterio de Villa Rosa . . . Judy Kelly  
Acusado . . . Dolores del Río  
Forja de hombres . . . Mickey Rooney  
Lo prefiero millonario . . . Gene Raymond  
Los peligros de la gloria . . . James Cagney  
La bella rebelde . . . Ann Southern  
Buscando fama . . . Don Ameche  
Una mujer imposible . . . Jenny Jugo  
El hombre del Níccr . . . Victor Francen  
Extraños en la noche . . . Hugh Sinclair  
Andrés Harvey Tenorio . . . Mickey Rooney  
Fruto dorado . . . Clark Gable  
El secreto del marqués . . . Armando Falconi  
Irene . . . Ana Neagle  
Una hora en blanco . . . Franchot Tone  
La batalla . . . Charles Boyer  
La familia Robinson . . . Fr. Bartholomew  
La muj. de las dos caras . . . Greta Garbo  
Luna llena . . . Joan MacDonald  
La hora radiante . . . Joan Crawford  
Cuando ellas se encuent. . . Melvyn Douglas  
El rapto de Laura . . . Joan Fontaine  
Una chica se divierte . . . Joan Arthur  
Una mujer undiada . . . Lupe Vélez  
El club 400 . . . George Murphy

Pedidos a EDITORIAL «ALAS». Apartado 707. BARCELONA



J. F. Barrio 6



2<sup>50</sup> Ptas.

SE PUEDE VER EN  
CUALQUIER LIBRERIA